

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XIX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en París.

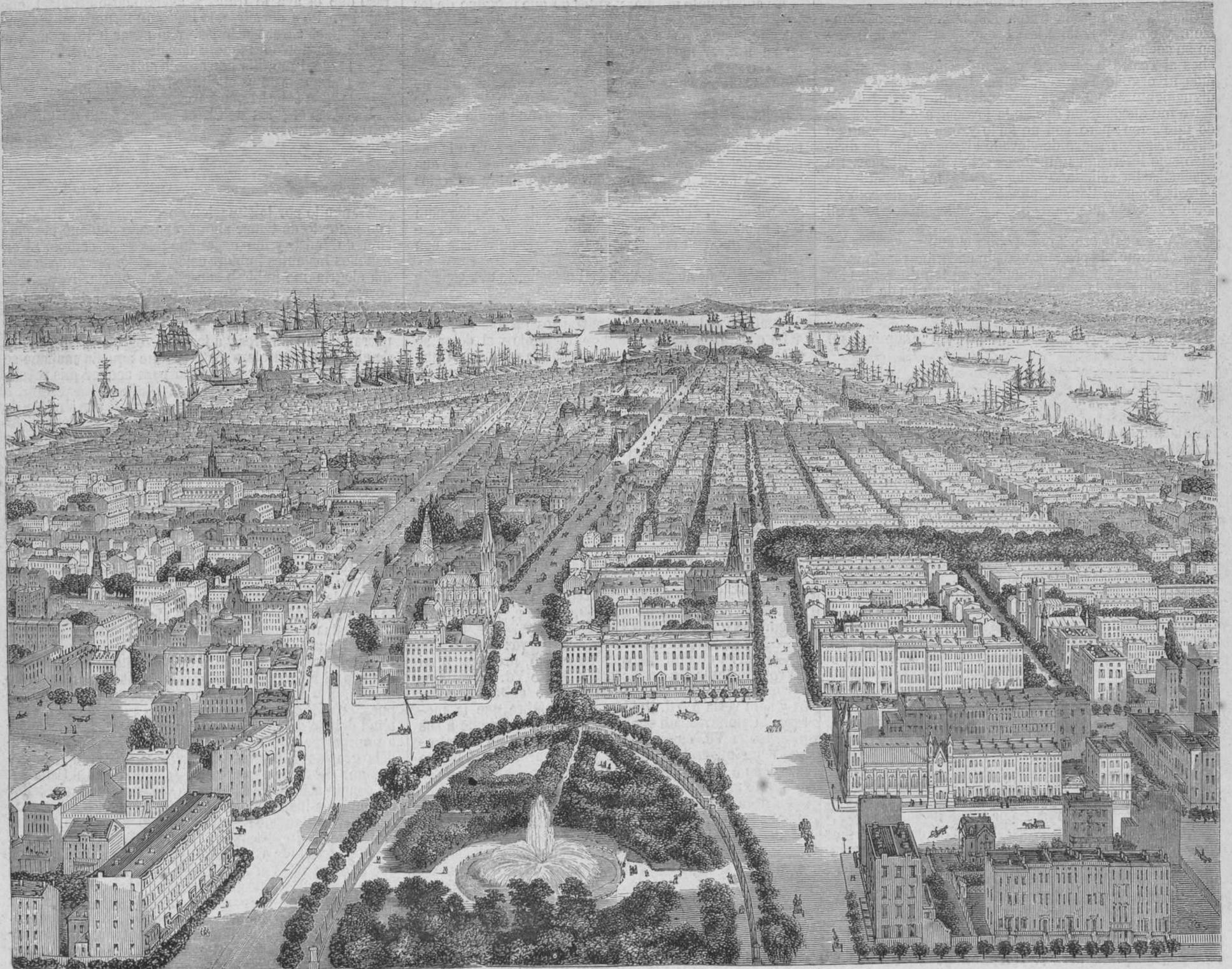
AÑO 21. — Nº 478.

SUMARIO.

Vista de Nueva York; grabado. — Estudios de costumbres. — Aldeanos vácacos; grabado. — Nuevas adquisiciones

del museo del Louvre; grabados. — Fiesta literaria y musical dada en honor del poeta Vondel; grabado. — Revista de París. — Guerra al mirinaque. — Los cuatro novios de Juana. — Méjico; grabados. — La poesía pastoral. — Don Francisco Martínez de la Rosa; grabado. —

M. A. Scialoja; grabado. — El general de Lorencez; grabado. — Los tabacos de Argelia; grabados. — Un año de matrimonio. — Las puertas de la iglesia de Saint-Maclou en Ruan; grabado.



Vista de Nueva York.

Estudios de costumbres.

AMOR QUE MATA.

CARTAS DE ROBERTO A ENRIQUE.

(Continuacion.)

XI.

Enero 27.

Mi querido discípulo, el mayor de los hijos de Luisa, se halla enfermo de mucha gravedad: el pobre y delicado niño tiene una calentura nerviosa que pone su vida en peligro. Desde el primer momento Claudia y Camila le han enviado su médico, con orden de no escasear nada para el cuidado y alivio del doliente; despues madre é hija han estado a visitarle y a consolar a la madre alligida. Segun supondras, yo casi no me aparto del lecho del tierno Rafael, quien no toma las medicinas sino de mi mano. A pesar de que paso la mayor parte del dia y de la noche en casa de Luisa, no me he vuelto a encontrar allí con Camila. Parece que estudia el medio de evitarlo. En cambio, todas las mañanas veo a su aya Clemencia, que va muy temprano a saber noticias del enfermito. En consecuencia, se ha establecido cierta confianza, cierta intimidad entre nosotros.

Clemencia es una mujer que no debe haber cumplido aun veinte y ocho años; hija de un coronel que murió sin darle fortuna ni pension de Montepío, se ha visto obligada a entrar como institutriz (me valgo del nombre a la moda) en casa de la señora de Monteverde. Y cierto que esta no ha podido hacer eleccion mas acertada; Clemencia posee una rectitud de juicio y una elevacion de ideas que sorprenden al que la habla por primera vez. ¡Cosa extraña! Tiene un talento verdadero y notable, y ella es la única que parece ignorarlo. Así no se le advierte jamas la mas leve pedanteria, aunque se halla adornada tambien de una instruccion poco comun. Su semblante es extraordinariamente simpatico sin ser bello; su voz es dulce y cariñosa; sus maneras nobles y distinguidas, segun ahora se dice.

Claudia y su hija la tratan con la mayor consideracion, y como de igual a igual: con frecuencia la llevan en su coche a la Fuente Castellana, y casi todas las noches al Teatro Real. Clemencia no se muestra sorprendida ni orgullosa de semejantes distinciones, y ocupa dignamente su puesto sin pretender nunca salirse de él.

No me queda duda de que la jóven aya esta enterada de mi pasion; pero con un tacto y una delicadeza que envidiarían personas de elevada clase, no me ha dirigido sino ligerisimas alusiones sobre el particular. En ocasiones ha solicitado hablarme de los preparativos para la boda de Camila, añadiendo por via de comentario y con una intencion que he agradecido con toda mi alma:

— A pesar de eso, ¿quién sabe si aun se verificará?

— ¿Porqué? la pregunté yo sin poderme reprimir.

— ¡Son tan diferentes, repuso, son tan diferentes los dos! Camila es la poesia y el idealismo en la buena acepcion de la palabra; Villareal es la prosa, la vil prosa, la prosa mas vulgar.

¡Un rayo de esperanza vino aquel dia á iluminar mi corazon!

XII.

31 de enero.

Rafaelito se muere: ¡los médicos desconfian completamente de salvarle! Tres dias ha que solo voy a mi casa breves momentos; tres dias que falto á paseo y al Teatro Real. Esto te dira el grado de afliccion en que me encuentro: quiero a ese pobre niño con la ternura de un padre, y me parecería un sacrilegio cuando le veo exánime, casi moribundo, abandonar su lecho por correr detras de un fantasma que nunca alcanzará.

Clemencia me ayuda constantemente a cuidar al enfermo y a consolar a su triste madre: los dos le hemos velado juntos varias noches, y hoy creo que le velaremos tambien. ¡Ay! ¡Enrique! ¿Porqué no he conocido antes a Clemencia? ¿Porqué no la he amado á ella en lugar de amar a Camila? ¿Qué facilmente hubiéramos podido ser dichosos! ¿Qué se habria opuesto a nuestra union? Y ahora ya es tarde: despues de conocer á Camila es imposible amar a ninguna otra mujer.

XIII.

2 de febrero.

El médico me dijo ayer tarde que Rafael no saldria de la noche: así, desoyendo las instancias de Luisa, que no le juzgaba tan malo, é insistia para que despues de tantas vigiliass tomase yo algunas horas de descanso, me empeñé en velarle con la idea de recoger su último suspiro, y apartar a la infeliz madre de aquellos lugares en cuanto hubiese espirado el hijo.

Acababan de dar las doce en el vecino reloj de San Placido, y la lúgubre campana del convento hacia resonar su toque mortuorio, cuando oyóse el rumor de un coche que se detenia a la puerta de la casa de Luisa, y pocos instantes despues se percibieron los leves pasos de una persona que subia velozmente la escalera. ¿Quién será? nos preguntamos Luisa y yo con una ojéada. Cle-

mencia, vencida por la fatiga de muchas noches é ignorante tambien del fallo del facultativo, nos habia dicho al retirarse al oscurecer, que no volveria; Claudia, de salud bastante quebrantada, no podia auxiliarnos en nuestra piadosa tarea...

Cuando llenos de curiosidad nos entregáramos los dos á estas conjeturas, abrióse suavemente la puerta del aposento y presentóse en su dintel, cual una aparicion divina, Camila, Camila á quien yo habia adivinado desde el principio; Camila coronada de flores, vestida con tanto gusto como riqueza. Luisa exhaló un grito de sorpresa y corrió hacia ella; yo lancé tambien una exclamacion de alegria, pero me quedé inmóvil, petrificado en mi sitio.

Camila no manifestó la menor extrañeza al encontrarme allí; hizome un saludo frio, aunque atento, y vino á sentarse junto al brasero, cuya lumbre se apresuró á revolver Luisa.

— ¿Qué viene Vd. á hacer aquí á tales horas, señorita? preguntó.

— Clemencia está rendida, respondió Camila, y la he hecho acostar; Vd. necesita tambien hoy reposo para recobrar parte de sus perdidas fuerzas. Así, vengo a reemplazarla a Vd., Luisa; vengo a velar á nuestro querido enfermo.

Y hablando de este modo, se levantó, y acercándose á un pequeño espejo clavado encima de la cómoda, se quitó la corona de flores y la dejó sobre aquella con los guantes y el abanico.

— No lo permitiré, prorumpió Luisa, cuando su emocion la dejó hablar. ¡Cómo, Vd., señorita, habia de pasar la noche yerta de frio en mi humilde vivienda y junto al lecho de un moribundo! No, no, añadió exaltándose a medida que hablaba; no lo permitiré, no lo permitiré nunca.

— Además, intervine yo con voz balbuciente y con los ojos arrasados en llanto; además, yo me quedo y es inútil que Vd. se incomode.

— Usted es quien deberia recogerse, repuso Camila sin la menor afectacion; porque segun mis noticias, lleva ya bastantes noches de fatiga, y va a enfermar.

— ¡Es cierto! exclamó Luisa. ¿Con qué podré pagarle yo sus bondades!

— ¡Dios las recompensará desde el cielo! dijo Camila con religiosa union.

En aquel punto mismo, y antes de que ninguno de los tres tuviese tiempo para contestar, sonó un tristísimo quejido, y corrimos a la cama de Rafael. Yo creí llegado su postrer momento, porque la pobre criatura era presa de una convulsion espantosa. Durante algunas horas temimos verle sucumbir a ella; pero a las tres de la mañana la agitacion se calmó, y el niño despues de aquella crisis terrible, se durmió con un placido sueño. Luisa, penetrada de júbilo y muerta de cansancio, no tardó en imitarle, y quedamos solos Camila y yo á la cabecera del enfermo. Cuando se hubo cerciorado de que ninguno podia oirnos, me dirigió la palabra en estos términos:

— Roberto, dijo con dulce gravedad, he venido aquí esta noche, tanto con el objeto de cumplir un deber sagrado, como con el deseo de tener una entrevista con usted.

Frenético de alegría, lancé al escucharla una especie de grito salvaje.

— Es menester, añadió sin cambiar de tono, que desde mañana dejemos de encontrarnos en todas partes.

La esperanza y el desengaño, el júbilo y el dolor se sucedieron tan rapidamente en mi alma, que esta transicion repentina y violenta me hizo un daño horrible. Sentí que se me turbaba la vista, y me apoyé en un mueble inmediato para no caer al suelo. Camila se acercó á mí y me tendió la mano.

— ¡Valor! ¡Valor! murmuró.

— Lo tendré, prorumpí animado por aquella tierna señal de simpatia. Lo tendré y huiré para no verla a usted unida al que tan poco la merece. Porque, añadí lleno de exaltacion, yo me hubiera resignado á los decretos del destino si ese hombre fuese digno de Vd.; ¡pero él, él su esposo de Vd.!... Camila, es imposible que usted le ame.

— ¡Mi padre lo dispuso! replicó ella con un acento sublime.

— Pero su padre de Vd. no le conocia bien, y no pudo querer la infelicidad de su hija. Porque, respóndame usted, ¿cree Vd. ser feliz con Eduardo?

— No, dijo Camila sin vacilar y con voz sonora.

— Bien sé que mi amor es insensato, proseguí, y ni un solo instante he creído que pudiese Vd. corresponder a él; mi única aspiracion, mi solo anhelo ha sido, es y será verla a Vd. unida a otro hombre que la merezca. Camila, añadí fuera de mí y arrojandome á sus piés, tenga Vd. compasion de sí propia, y no se entregue á un miserable incapaz de comprender el tesoro que debe á la casualidad, y que no la apreciará sino por lo que le produzca.

La hora era solemne, augusto el momento; junto á aquel niño que se moria, al lado de aquella madre desolada, en la humilde mansion de una desvalida familia, todo adquiria un caracter imponente de sencillez y de verdad. Camila me creyó, y sus ojos se llenaron de lagrimas.

— ¿Qué me pide Vd.? dijo con labio balbuciente.

— Nada mas que lo que Vd. me puede conceder; la promesa de no cumplir un voto sacrilego, de no sacrificarse a una obediencia póstuma. Camila, ¡júreme usted que no sera esposa de Eduardo Villareal!

— ¡Lo juro, exclamó ella levantando una mano, y que Dios me castigue si no cumplo este juramento!

— ¡Gracias, gracias! añadí yo llevando á mis labios como una santa reliquia la otra mano que ella me abandonaba.

La voz de Rafael, que se habia incorporado en la cama y que nos miraba con asombro, vino á arrancarnos de nuestro éxtasis.

— ¡Roberto, decia el niño, Roberto, dame agua, que me muero de sed!

XIV.

3 de febrero.

Camila no se casará con Villareal; Rafael, despues de la tremenda crisis de la noche última, se ha salvado. ¿Qué felicidad iguala á la mía? ¿Con cual monarca poderoso de la tierra cambiaria yo mi suerte? Todos mis votos, todos mis deseos se hallan satisfechos. ¡Dios mio! ¡Perdon, perdon por haber dudado de vuestra bondad! ¡Perdon por haber dudado de vuestra justicia!

Al grito de alegria que Camila y yo exhalamos al advertir la mejoria del pobre niño, despertóse tambien Luisa y corrió a participar de nuestro júbilo. Los tres llorabamos junto al humilde lecho del enfermo, pero de muy distinto modo que habiamos llorado antes; en aquel instante era de gozo, de purísimo placer.

— ¡Un angel ha venido a salvarle! exclamó la regocijada madre con la elocuencia del sentimiento dirigiéndose a Camila; y ese angel, señorita, es usted.

Una dulce intimidad se estableció luego entre nosotros: la conversacion fué la de tres amigos, que conociéndose mucho y apreciándose no menos, se comunican sus impresiones, sus esperanzas, sus secretos. Despues hicimos planes acerca del porvenir de Rafaelito, y ¡cosa rara! en este punto todos estuvimos discordes. Camila queria que fuese militar; yo me inclinaba a hacerle artista; Luisa, positiva como todos los necesitados, opinaba por el comercio.

— ¡Eso nunca! prorumpí yo sin poderme contener. Camila me miró fijamente, y una leve sonrisa iluminó su expresivo semblante.

Aquellas cuatro horas de delicias incomparables no se borrarán de mi memoria, porque han sido las mas venturosas de mi vida. A las ocho entró en el aposento Clemencia, que venia en busca de Camila. Levantóse esta en cuanto la vió; echó sobre su cabeza la mantilla de raso que el aya le traia, y acercándose á Rafael, que habia vuelto a dormirse, le besó con ternura en la frente. Despues abrazó á Luisa, y al pasar junto á mí me tendió con noble franqueza una de sus manos.

— ¡Adios! me dijo con acento solemne.

— ¿Sera este adios el último? murmuré yo á su oido.

— ¡Quién sabe! repuso tristemente.

Y alejóse seguida de Clemencia, que me dirigió una mirada afectuosa.

XV.

Febrero 4.

Tranquilo por la situacion en que dejaba á Rafael, y con pretexto de tomar algun reposo, abandoné la mansion de Luisa y me encaminé hacia el campo. Si en aquellos instantes hubiera estado preso, creo que la misma alegria me hubiese causado la muerte. Necesitaba correr, cantar, reír; no teniéndote a tí a mi lado, necesitaba dar al viento la relacion de mi inesperada dicha; necesitaba decirselo a los pajaros y a las auras; narrarsela a las flores y á los insectos; dar parte, en fin, de ella a la naturaleza entera, que aquella mañana se despertaba grande y magnífica para acoger mis revelaciones.

El sol brillaba espléndido en el cenit, sirviéndole de dosel un cielo azul y trasparente; bandadas de bulliciosos gorriones surcaban el espacio, haciendo resonar sus discordes gorgoros: los árboles, desnudos de follaje, ostentaban sus primeros botones; los prados en cambio, despues de algunos dias de blandas lluvias, presentaban una soberbia alfombra de verdura, en la que relucian como otros tantos diamantes, gotas congeladas de rocío. Las pobres y modestas flores silvestres comenzaban á brotar entre la húmeda yerba, y entreabrian sus corolas reanimadas por el benéfico y tibio ambiente: en fin, todo renacia, todo cantaba, todo reia en torno mio, asociándose al himno ferviente de entusiasmo que desde lo mas recóndito de mi corazon elevaba yo al Eterno.

¡Camila no se casará con Villareal! ¡Rafael se ha salvado! Hé ahí lo que repeta á cada flor, a cada arbolito, a cada planta; hé ahí lo que le gritaba como un insensato al helado arroyuelo, a la fuente muda, al risco pelado, a la llanura silenciosa, al bosque desierto. Despues, cuando se hubo calmado algo mi agitacion, sentéme debajo de una encina, saqué mi cartera y principié á improvisar versos. Los primeros fueron a Dios, dándole gracias por haber apartado de mí la copa amarguísima del dolor; en seguida hice una oda a Camila y un soneto a Rafael. Por último, renunciando á escribir mis nuevas inspiraciones, corrí por aquellas vastas soledades, cantandolo, exaltandolo, bendiciendolo todo; la divinidad y el hombre; la naturaleza y el cielo; el amor y la virtud; Camila y Rafael. No te olvidé, Enrique mio, en tales instantes; para tí tuve, como para ellos, recuerdos y ternura, afecto y gratitud.

Rendido, extenuado por aquella carrera rápida, por aquella excitacion nerviosa, caí en tierra y me dormí. Ignoro cuanto tiempo duró mi sueño; pero cuando desperté, transido de frio, el sol se acercaba al ocaso. Entonces, no menos contento, aunque mas tranquilo que antes, limpié mis vestidos, arreglé mi cabello y me puse en marcha hacia Madrid. La Fuente Castellana se

hallaba cerca: ¿renunciaria á ver á Camila, á pasar cual una vision fantástica ante sus ojos? ¿Qué me importaban el hambre, el frío, la sed? ¿Qué me importaban el desorden de mi fisonomía ni el de mi traje?

A poco de llegar al paseo la encontré: la tarde estaba deliciosa y la carretela iba abierta. Camila, tendida muellemente sobre los almohadones, escuchaba distraída las palabras de Villareal, quien segun costumbre, cacaroleaba en derredor suyo en su malísimo caballo. Al verme, Camila se sonrojó ligeramente, y por primera vez me hizo un leve saludo. Eduardo se volvió á mirarme con recelo y desconfianza.

— ¿Cómo, porqué, se preguntaria á sí mismo, ellos que antes no se conocian, se conocen ahora? Yo le respondí con una sonrisa llena de arrogancia y de desden.

XVI.

7 de febrero.

Rafaelito sigue perfectamente, y yo he vuelto á mi vida acostumbrada. Sin embargo, mi buen humor comienza á desaparecer; pasan los días y no veo indicio de que Camila se disponga á cumplir su juramento. Al contrario; ayer entré por casualidad en una tienda, y allí vi un magnífico *trousseau* con las iniciales C. M. Una señora, que probablemente habia ido mas bien á curiosar que á comprar cosa alguna, preguntó al comerciante:

— ¿Para quién son estas galas?

— Para la señorita de Monteverde, que se casa dentro de pocos días, repuso aquel.

Dejó á tu consideracion, Enrique mio, el efecto que me causarian tales palabras. Sentí primero un frío mortal, y despues un horrible estremecimiento nervioso.

— Pues si decian, añadió la interlocutora, que esa boda se habia descompuesto.

— No lo creo, dijo el comerciante, porque hoy por la mañana me han enviado un recado metiendo prisa.

Sali pues de la tienda, loco, delirante, frenético: por la noche en el Teatro Real no vi nada que destruyese mis temores. Villareal estuvo casi toda la noche en el palco de Camila, y ella, a pesar de que la imploré con desesperacion, no me concedió ni siquiera una de sus miradas. Despues, en el pórtico, mientras las señoras aguardaban el coche, el paroxismo de mis celos llegó á su colmo. Camila, contra su costumbre, se colocó de espaldas á mí, hablando y riéndose con Eduardo: dos ó tres veces me adelanté para pisarle, para insultarle, para escupirle al rostro, a fin de provocar un lance; solo el temor de un escandalo y un resto de razon me contuvieron.

— Será cuando se quede solo, me decia á mí mismo procurando calmarme; pero al llegar el lacayo á avisar que el carruaje esperaba, Claudia tomó el brazo de Villareal, y los tres entraron en él.

Entonces mi ira estalló tanto mas violenta, cuanto mas contenida: corrí un gran trecho detras de la carretela, exhalando gritos y alaridos salvajes, insultando á Camila y a Villareal; felizmente los caballos iban á escape, y el ruido impidió que llegasen a sus oídos mis descompuestas voces.

La reaccion vino luego y me produjo un cansancio, un desaliento profundo; llegué a mi casa casi exánime; mi criado se asustó de mi situacion, y me desnudó y me acostó como si fuese un niño. Apoderóse de mí un letargo parecido al sueño, pero sin ninguna de las ventajas de éste: yo tenia la inmovilidad del cadaver, y sin embargo conservaba la plenitud y la lucidez de mi inteligencia. Enrique, si supieras lo que padecí, tendrías lastima de tu desventurado amigo.

Al amanecer conseguí dormirme, y eran las doce de la mañana cuando me desperté. Juan me entró las cartas y los periódicos del día, y mientras recorría indiferente las primeras, llamó mi atencion una con el sello del correo interior. La letra, clara y elegante, era desconocida para mí: no sé por qué temblé al examinarla, y me detuve a contemplar su sello, el cual simbolizaba la fe con una alegoría graciosa; por fin lo hice saltar. La epístola contenia una sola palabra trazada por la misma mano que habia escrito el sobre, y esta palabra era: ¡CONFIANZA!

¿Has visto alguna vez la flor mustia y abatida por el calor de un día de verano, renacer a la primera gota del rocío de la noche y erguir su corola soberbia y orgullosa? ¿Has visto el efecto de un balsamo benéfico sobre la llaga del doliente que en un punto calma y temple sus dolores, le consueta y le vivifica? Pues eso propio me sucedió a mí. En un instante olvidé mis recientes tormentos: en un instante me senti lleno de fe y de confianza, fortalecido, reanimado, contento. Salté pues ligeramente del lecho, y comencé á vestirme cantando. El pobre Juan me miraba atónito, y en su asombrada fisonomía lei que temia por mi razon.

— No creas que me he vuelto loco, le dije. Esto no es mas sino que soy feliz, muy feliz.

XVII.

12 de febrero.

Hoy es domingo, Enrique, y por la mañana, segun mi costumbre, fui a misa a la parroquia de San Sebastian. Subí al presbiterio y me coloqué en uno de sus siales, esperando a que comenzase el cruento sacrificio, cuando llamó mi atencion la voz de un sacerdote que publicaba los nombres de varias personas que van á contraer matrimonio... Imagina mi asombro, mi angus-

tia, mi furor, cuando entre ellos oí los de Camila de Monteverde y Eduardo Villareal. El parroco, pues él era, terminó expresando que aquella era « la primera amonestacion. » Es decir, que dentro de quince días, cumplidas todas las formalidades religiosas, podran verificar su anhelado enlace; es decir, que Camila me ha engañado, que me ha mentido, que se ha burlado de mí.

No quise escuchar mas: empujando, atropellando á los que se oponian a mi paso, me lancé fuera del templo rugiendo como una fiera; y sin darme cuenta de lo que hacia, corri á casa de Luisa, la cual se asustó de mi palidez y de mi agitacion.

— ¿Está Vd. malo, señorito? me preguntó con vivo interés.

— Sí, malo, muy malo, respondí; y por eso vengo á despedirme de usted.

— ¡Se marcha Vd. de Madrid! exclamó la pobre mujer, y un torrente de lagrimas inundó su rostro.

¡Al menos he encontrado, ademas del tuyo, un corazon que me ame, Enrique! ¡Qué sincero era el dolor de la desventurada Luisa! ¡Con qué frases tan patéticas, tan elocuentes, me expresaba su sentimiento por mi partida!

Estas palabras me hicieron reflexionar: ¿estaba yo decidido a emprender un viaje? No. ¿Entonces porqué venia a despedirme de Luisa? ¿Cuales eran mis proyectos? ¿Cuales mis intenciones? Sondeando en lo mas recóndito de mi alma, hallé la explicacion de aquel espantoso misterio. Es que por primera vez se habia presentado á mi razon, y claramente formulada, la idea de la muerte. Es que lo que antes fuera un deseo vago, un instinto secreto, se habia convertido en una idea clara y definida. Sí, Enrique: ¡quiero morir! El pensamiento de un crimen ha brotado vigoroso en mi abrasada cabeza.

Las instancias, las súplicas de Luisa han alejado un tanto el peligro: he llorado con ella, y la he prometido no partir. La religion hara acaso lo demas para apartar de mí tan funesto designio.

XVIII.

19 de febrero.

Hoy ha sido la segunda amonestacion: he hallado valor para asistir a oírla, pero contraído, convulso, frenético. Al terminarla el señor cura, senti un violento impulso de gritar:

— ¡Yo pongo impedimento!

Ignoro lo que me contuvo: la mano de Dios, que me detiene al borde del abismo.

A la salida encontré a Clemencia, quien se acercó á hablarme.

— Luisa me ha dicho que está Vd. enfermo, dijo; y es menester que se cuide y que no haga locuras.

— ¡Locuras! exclamé amargamente. ¡Locuras! ¿Existe hombre de mas juicio que yo?

Y solté una carcajada histérica.

— No hay motivo para perder la confianza, repuso acentuando mucho esta palabra. Los enfermos mas graves suelen salvarse en el último momento.

Hablando así me dirigí una mirada expresiva, me estreché la mano y desapareció rapidamente.

¡Clemencia me pide que no desconfie todavia! ¡La obedeceré! ¿No sera ella la autora del misterioso billete que vino a calmar mis angustias ha dos semanas? ¿Será cierto que Camila piensa aun en cumplir su promesa? ¡Esperemos, ya que Luisa me lo suplica; esperemos, ya que Clemencia lo quiere!

XIX.

Febrero 26.

¡Enrique, vén, vén, sálvame! ¡Acabo de salir de la iglesia, donde he oido publicar la tercera y última amonestacion! ¡Con qué frialdad aparente la he escuchado! ¡Nadie podria sospechar el infierno que arde en mi corazon! ¡Pero lo conozco: este dominio sobre mí mismo es la señal mas terrible del peligro inminente en que estoy!

¡Madre mia idolatrada, tú que estás en el cielo, tú que tanto me amabas, protégeme! ¡Dios mio Todopoderoso, vos, a quien no he ofendido nunca, apiadaos de mí! ¡Apartad de mis labios esta copa del dolor: yo no tengo fuerzas para apurarla!

Enrique, amigo, hermano mio, ¿dónde estás? Vén, vén pronto; corre á salvar á tu pobre Roberto.

ENRIQUE A ROBERTO.

Paris 3 de marzo.

Un telegrama que te expedí ayer, Roberto mio, en seguida de recibir tu carta del 26 de febrero, te habra hecho saber que abandonándolo todo, el cuidado de mis intereses, el de mi fortuna, salgo hoy mismo de aqui, y corro a tu lado a consolarte, a protegerte contra tí mismo. Asi, estas líneas únicamente me precederan algunas horas. Roberto, bien sabes lo que siempre hemos sido: no dos amigos, dos hermanos. No me dejes pues solo en el mundo. No me prives de lo que en él mas amo. Tu vida no te pertenece. ¡Es mia! ¿Te acuerdas de lo que tu santa, tu incomparable madre nos dijo pocos momentos antes de exhalar el último suspiro? ¿Te acuerdas? Es imposible que lo hayas olvidado; sin em-

bargo, yo te lo voy á recordar. Cuando agitaba ya sus labios el estertor de la muerte, cuando sus manos comenzaban a enfriarse, tomó las nuestras entre ellas y las colocó sobre su corazon.

«— Hijos míos, nos dijo con voz casi ininteligible, voy á abandonaros; pero muero tranquila porque os dejo juntos, y porque sé muy bien que nunca habeis de separaros. Vuestra amistad y vuestro cariño duraran tanto como vuestra existencia. Roberto, él es el mas joven: protégelo y guíale tú. Enrique, él tiene algunos años mas que Vd.: a Vd. le toca sostenerle y consolarle. Que el uno viva para el otro; que el mas dichoso divida su ventura con el mas infeliz; que en las desgracias como en las prosperidades la parte de entrambos sea igual...»

Al oír estas nobles, estas elocuentes palabras, hice el voto solemne de sacrificarlo todo; y hoy empiezo á cumplirlo corriendo, volando al lado tuyo. ¿Qué me importa el pleito de que depende mi patrimonio? ¿Qué la pobreza si te salvo? Si tú tienes un pedazo de pan, lo partiras conmigo: si yo soy rico, para tí ha de ser la mitad de cuanto posea. Huérfanos los dos, si el uno faltase, el otro quedaria solo en la tierra, y sin duda el mas desventurado seria el que sobreviviera. Roberto, si no tienes piedad de tí, tenla al menos de mí. Roberto, hermano, amigo mio, ¡espérame, espérame por Dios!

ROBERTO A CAMILA.

7 de marzo.

Camila, voy á morir. Sé que su matrimonio de usted esta señalado para mañana, y yo no puedo, yo no quiero verla a Vd. faltar a un juramento sagrado, ni ser esposa de Villareal. No tendré pues mayor lastima de mí de la que Vd. ha tenido. Usted me conoce ya lo bastante para no ocultarsele que ese enlace impio me condenaba a la muerte. Luego Vd. que ha contemplado mi suplicio sin conmoverse, mirara aquella con indiferencia. Entonces, hago bien en morir.

Camila, yo no la pedia á Vd. amor; solo la rogaba que no descendiera hasta ese hombre. ¡El, él su marido de Vd.! Esta idea es la que me enloquece, la que me arrastra al sepulcro y al crimen. Porque conservo de tal modo la plenitud de mis facultades intelectuales, que no se me esconde la magnitud del delito que pienso cometer. Yo no puedo disponer de una vida que pertenece a Dios; y no en un momento de extravio, no en el arrebatado de mi pasión, sino fria y premeditadamente, voy á privarme dentro de un instante de ella. ¡A tal extremo me conduce la desesperacion!

Sin embargo, si todavia, cuando no debo volver á salir del cuarto en que la escribo á Vd., si delante de mi testamento firmado, junto al arma fatal que ha de poner fin a mis días, llegase a mí la noticia de que usted no se casaba con Villareal, renunciaria en el acto a mis proyectos homicidas; en ese caso viviria, y viviria contento, lo primero porque podria acariciar la esperanza de que Vd. me amase; despues porque habria desaparecido el principal motivo de mi demencia. Si, Camila; me doy la muerte porque no puedo soportar la idea de considerar a Vd. profanada en los brazos de ese hombre odioso; ¡a Vd., tan bella, tan casta, tan pura, entregada sin piedad a los halagos de un ser abyecto y despreciable!

¡Adios, Camila! ¡Oh! ¡Si Vd. me hubiese concedido siquiera un poco de afecto! Si Vd. me hubiese querido, ¿cual monarca de la tierra se habria comparado conmigo? Y hoy que Vd. no me ama, hoy que me ve morir con la mas completa indiferencia, ¿quién, quién mas infeliz ni mas miserable que yo?

¡Camila, una súplica postrera! Arroje Vd. una flor y una lagrima sobre mi tumba, y pida Vd. al Señor que se apiade de mí y que me perdone.

Necesitamos referir ahora á los lectores cuanto habia sucedido despues de la entrevista de Camila y Roberto en la humilde mansion de Luisa. Fiel aquella a su juramento, habló á su madre de su voluntad de cumplirlo. Pero todo fué inútil ante los escrúpulos conyugales y religiosos de Claudia.

— ¡Cómo! exclamaba. ¡Faltar á lo que prometí solememente á mi esposo en su hora postrera! ¡Desobedecer su última voluntad! ¡Eso seria no honrar su memoria y ofender á Dios!

Claudia era, como se ha dicho ya, una buena, una excelente mujer; pero su inteligencia no estaba a la altura de su bondad, y aunque Eduardo Villareal no realizaba el bello ideal del marido que queria para su hija, parecia la repugnancia de esta inverosímil y absurda. ¿No era Eduardo buen mozo, juicioso y rico? Entonces, ¿qué mas se podia apetecer?

Comenzó pues una lucha de todos los días, de todas las horas, de todos los instantes entre las dos: a los ruegos, a las lagrimas de la una, oponia la otra siempre las propias consideraciones, la misma inflexibilidad.

— No podemos, no debemos desobedecer a tu padre, decia Claudia.

— ¡Pero seré desgraciada! replicaba Camila.

— Villareal es un buen muchacho y te hara feliz; añadia aquella.

PEDRO FERNANDEZ.

(Se concluirá.)

Aldeanos válaeos

Las noticias de principios de febrero han anunciado que los habitantes de muchas aldeas se habian reunido para marchar contra Bucharest; que un subprefecto que habia querido oponerse al movimiento, habia sido muerto, y que las tropas enviadas por el principe Couza para dominar la insurreccion, habian hecho muchas prisiones y habian dispersado aquel motin prontamente y sin efusion de sangre.

Aun no conocemos bien la causa de este movimiento que no ha tenido ninguna consecuencia. En Valaquia como en Moldavia no hay mas que dos clases: los boyardos, que componen tres mil doscientas familias, y los aldeanos. La clase media, negociantes y artesanos, no existe, digamoslo asi, si bien desde 1848 se halla en progreso y adquiere cada dia una nueva importancia politica.

Los aldeanos se dividen en dos categorias, a saber; los *mosuemi* ó pequeños propietarios, que en Valaquia ascienden a setenta mil, y los que están sujetos a servidumbre, unos tres millones repartidos entre las tierras de los boyardos, de los monasterios y del Estado.

La condicion de los aldeanos válaeos es única en Europa. Sin ser enteramente lo que se llama un siervo, el aldeano no puede dejar la tierra sin licencia del propietario; mas por otra parte el propietario no puede disponer sino de la porcion de tierra que el aldeano no cultiva y que la ley limita al tercio de la propiedad.

Segun el reglamento, los propietarios se dividen en tres clases, fijadas segun el número de *pogones* ó medias hectáreas concedidas por el propietario.

En cambio el aldeano debe cierto número de dias que ha de emplear en distintos trabajos, en todo veinte y ocho jornales, cuyo equivalente en dinero alcanza segun el reglamento á 98 piastras ó 33 francos. Además, debe el diezmo sobre todos los productos, asi como un derecho de monopolio sobre todos los objetos de consumo.

Los válaeos, como los demás rumanos, han conservado el tipo fisico de sus antecesores: cabello negro y largo que arranca de enmedio de la frente, cejas muy arqueadas, ojos expresivos y melancólicos á la vez, miembros robustos que recuerdan las figuras de los prisioneros esculpidas en la columna Trajana.

Esta semejanza se completa con su traje, que se compone de una blusa de tela tosea sujeta al talle por un ancho cinturon de cuero; un pantalon muy ancho por arriba y estrecho por abajo; sandalias de piel de caballo ó de cabra, atadas con correas, y en la cabeza un gorro de piel de cordero de pelos largos y rizados. Las mujeres llevan una camisa de lienzo con bordados de lana encarnada ó azul; un cinturon que sujeta la camisa, y una basquiña blanca que llega hasta los tobillos, con un delantal de rayas de colores vis-



Aldeanos válaeos.

tosos, que flota por delante y por detrás y se abre únicamente por el lado; por último, van descalzas ó llevan botitas encarnadas y un pañuelo de tela ligera en la cabeza. Tal es el traje que usan los aldeanos de la Valaquia desde hace siglos, sin que el tiempo haya introducido en él ninguna modificacion notable. P. P.

Nuevas adquisiciones del museo del Louvre.

En el año que acaba de trascurrir, la direccion ge-

neur ha podido hallar mientras ha estado de consul en Oriente, y que ha regalado sucesivamente al museo.

A. D.

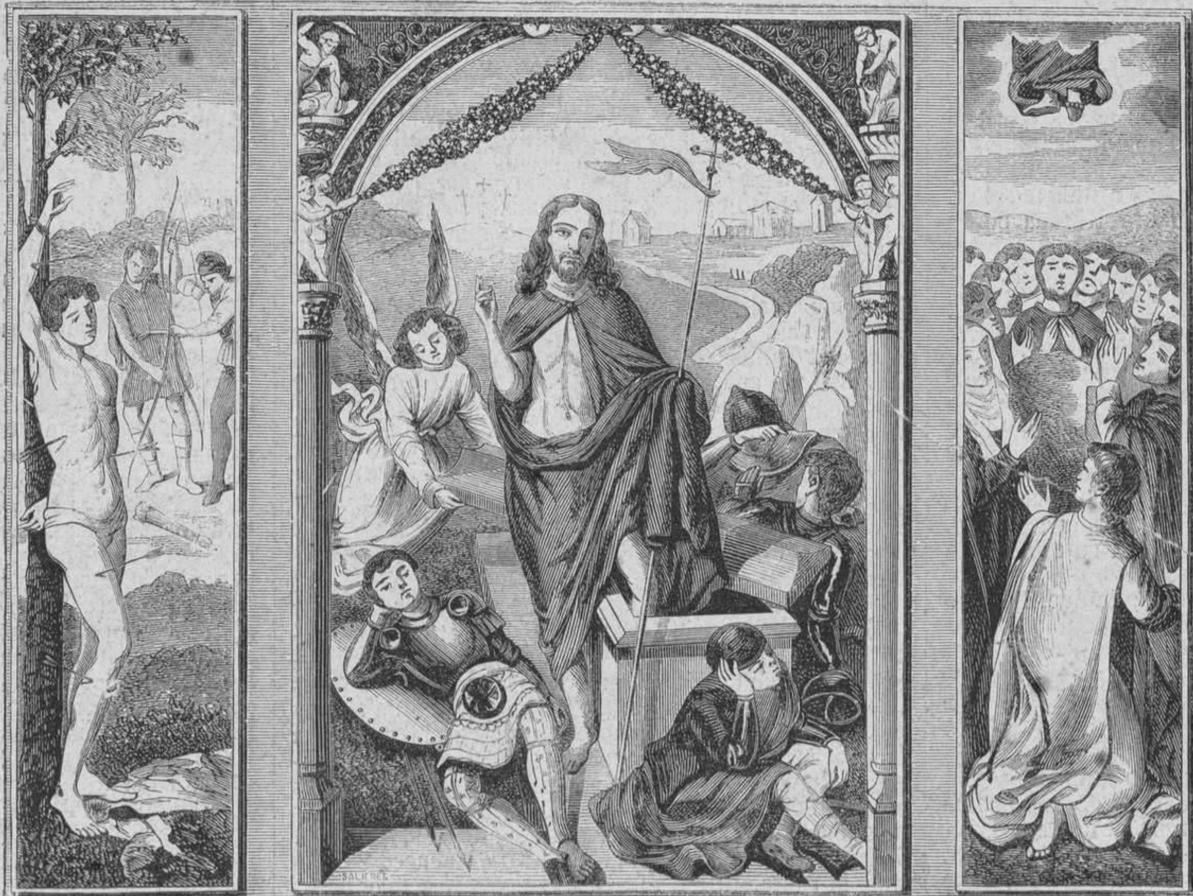
Fiesta literaria y musical

DADA EN HONOR DEL POETA VONDEL EN BUREMONDE (PAISES BAJOS).

De todos los poetas de la Holanda Vondel es el mas popular. Nacido en Colonia en 17 de noviembre de 1587, Justo Vanden Vondel fué cuando tenia diez años á Utrecht con su familia, para fijarse un año despues en Amsterdam, donde pasó su vida y donde murió el 5 de febrero de 1679.

La fecundidad de Vondel iguala casi la de los autores españoles. Ha dejado mas de treinta tragedias, de las cuales algunas son obras de valor, un poema lirico, odas, himnos, cantos patrióticos, etc., que casi todos se hallan grabados en la memoria de los patriotas neerlandeses.

Vondel era al mismo tiempo un prosista distinguido, asi como fué tambien un gran ciudadano. Durante toda su vida atacó los abusos, denunció la iniquidad y la venalidad de los jueces, y tomó la defensa del inocente oprimido aun con peligro de su seguridad personal. Vondel no flaqueó un instante en la lucha; las amenazas, la miseria, nada pudo quebrantar su animo.



Adquisiciones del museo del Louvre. — Tríptico atribuido á Memline.

Revista de Paris.



Dibujo de Leonardo de Vinci.

Próximamente se elevará un monumento á la memoria de este hombre de talento y de corazon, con cuyo fin se ha establecido en Amsterdam una comision central que extiende sus ramificaciones en todas las provincias y va centralizando las ofrendas que abundan por todas partes.

En Ruremonde (Limburgo) se ha dado en honor del gran poeta la primera fiesta musical y literaria, que ha tenido lugar en los vastos estudios de pintura y de escultura de la ciudad. Esta fiesta tenia por objeto recoger suscripciones, y efectivamente el producto ha sobrepajado á los cálculos mas elevados que se habian hecho.

P. P.

La semana que acaba de trascurrir ha sido tan fecunda en bailes y diversiones como la anterior, con la diferencia de que en varias casas estas fiestas mundanas han redundado en beneficio de los pobres. La alta sociedad de Paris no se olvida de los necesitados en medio de sus fiestas, y mas de una vez especula con los placeres para socorrer á los menesterosos. El medio es muy sencillo: se improvisa una venta de objetos de toda especie de poco valor que se despachan á elevados precios entre los concurrentes, ó se organiza una rifa en la que toda la reunion se apresura á tomar parte una vez anunciado el motivo de caridad á que debe su origen. El juéves último una de esas almojedas dispuesta en un salon muy conocido del barrio de San German ha producido la suma de 25,000 francos. De este ejemplo se puede deducir que á poco que menudeen estas fiestas de beneficencia en el mundo aristocrático, los pobres recogerán en la temporada una abundante cosecha de limosnas.

Nunca como este invierno habrán venido oportunamente semejantes socorros. La administracion de la asistencia pública acaba de terminar el recuento de la poblacion indigente de Paris, y de este trabajo que ordinariamente tiene lugar cada tres años, resulta que se cuentan hoy en los límites de la capital 36,713 familias indigentes que se componen de 90,287 individuos, ó sean 2 personas 46 por cada familia, y 1 indigente por 18,47 habitantes, relativamente á la poblacion general de Paris.

El último censo hecho en 1856 daba 1 indigente por 16,59 habitantes. En 1791 se contaba 1 indigente sobre 5,05 habitantes; en 1802, 1 sobre 5,99; en 1813, 1 sobre 5,69; en 1818, 1 sobre 8,08; en 1832, 1 sobre 11,17; en 1835, 1 sobre 12,30; en 1841, 1 sobre 13,71; en 1847, 1 sobre 13,93, y en 1853 1 sobre 15,65.

Por consiguiente, en lo que va de siglo ha habido en Paris una mejora constante en la situacion de la clase pobre, sin que por eso haya dejado todavía de ofrecer una proporcion considerable. No está de mas pues, que la alta sociedad parisiense tenga bien presente este cuadro en medio de sus fiestas.

Noches pasadas se representaba en una reunion muy escogida del opulento barrio de la Chaussée d'Antin uno de esos juguetes cómicos que aquí llaman proverbios, y que ofrecia un interés particular para los que estaban al corriente del secreto que se envolvía en su argumento.

A fines del último año, cuando todavía no se habia dado la señal de los bailes y se pasaban las noches conversando entre amigos íntimos, se habia puesto á discusion en una casa una cuestion gravisima, á saber: si puede existir una amistad pura, al abrigo de toda aspiracion hácia el amor, entre un jóven y una jóven, libres entrambos de hacer su voluntad.



Busto en mármol de Caracalla.

Un redactor de un diario político de Paris á quien llamaremos Ernesto, un nombre imaginario aplicado á un hombre que es muy conocido por el suyo y que desea ocultarlo en este lance, se declaraba por la afirmativa, en tanto que una jóven viuda, muy hermosa y de una inteligencia superior, sostenia la opinion contraria.

La discusion se fué animando hasta el punto, que la viuda agitando su abanico con despecho, exclamó:

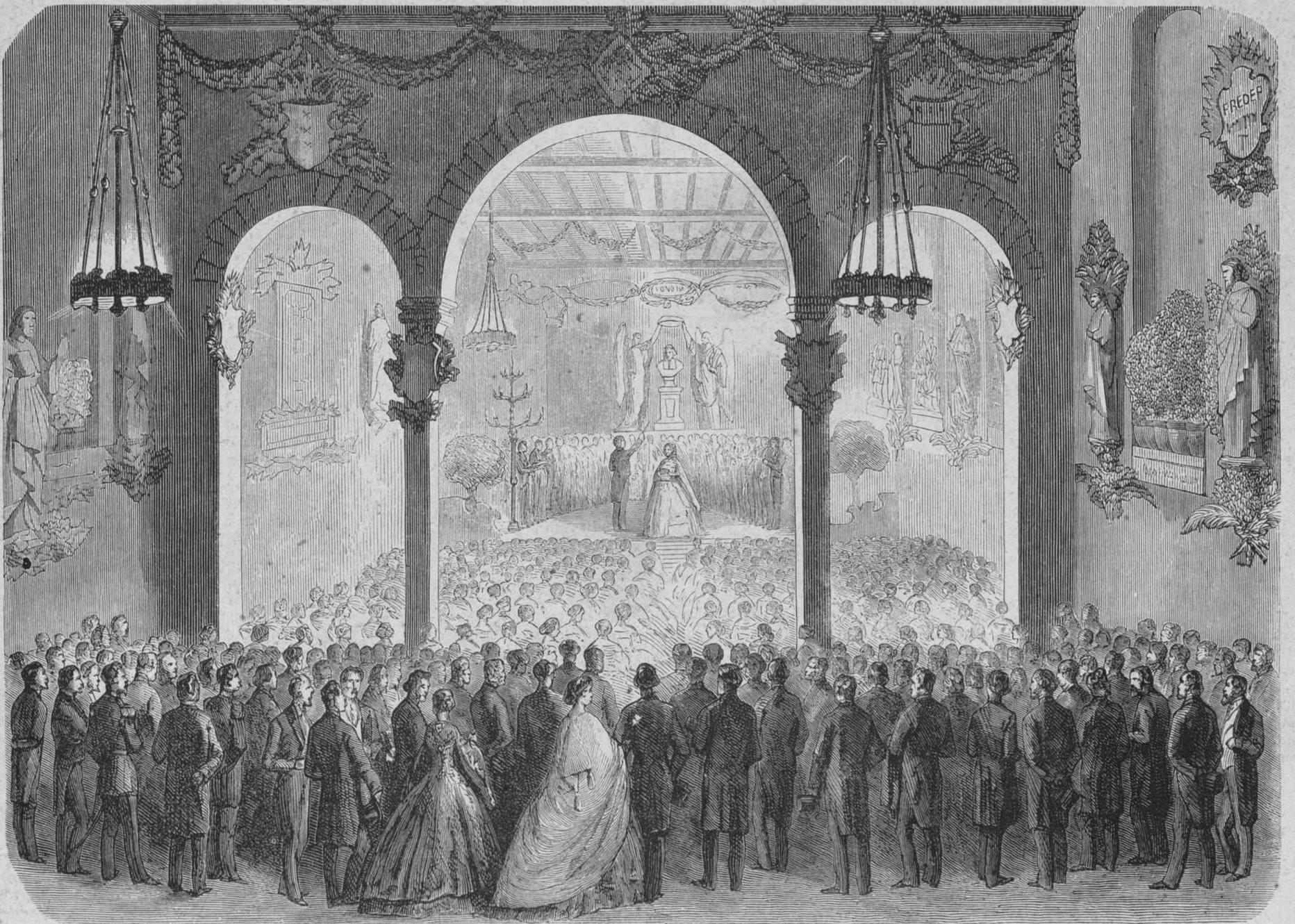
— Pongamos un ejemplo; nosotros somos amigos, y hace mas de tres años que Vd. no falta jamás á mis reuniones; ¿no es cierto?

— Ciertísimo; pero es de advertir que la veo á Vd. delante de doscientas personas.

— ¿Y cree Vd. que si estuviéramos los dos solos al lado de la chimenea hablando de cosas indiferentes?...

— Seria muy peligroso para mí, no titubeo en confesarlo.

— ¡Qué fatuidad! Pues yo le aseguro á Vd., que estaria tan serena como si hablara con una amiga...



Fiesta literaria y musical dada en honor del poeta Vondel en Ruremonde (Paises Bajos).

— Usted no lo dudo, pero yo es muy diferente.
— Vaya, amigo mio, Vd. está viendo visiones; no sé porqué se ha dedicado Vd. á la política, creo que en la poesía fantástica habria hecho Vd. una carrera de las mas brillantes.

El escritor no se dió por vencido.

— Hagamos la prueba, exclamó la viuda que habia apurado ya todos sus argumentos. Somos los dos buenos amigos; yo estoy viuda y he jurado no volverme á casar; todos los días de la semana que tenga libres le avisaré á Vd. para que venga á verme, y me hallará Vd. sola, enteramente sola; ya ve Vd. que soy valiente.

— Sí, y yo en esta ocasion me declaro un hombre muy corbarde.

— Ya encontrará Vd. fuerzas. Tendrá Vd. en mi casa toda su libertad; fumará Vd. cuanto quiera; hablaremos de los asuntos de Italia, de la expedición á Méjico, de las noticias del día, en fin, de todo, excepto de cosas de sentimiento y de amor.

— Me embeleso oyéndola á usted.

— Ahí tiene Vd. lo que yo no quiero, lisonjas ni cumplidos...

— ¿No quiere Vd. embelesar á nadie?

— No, señor.

— Pues á pesar de Vd. así sucede.

— Nada, dejemos eso, y á la apuesta. Vamos á ver quién de los dos se saldrá con la suya. Queda entendido que le recibiré á usted á título de amigo, bajo estas condiciones: vendrá Vd. á mi casa de levita, jamás me besará Vd. la mano, nunca me dirá usted una palabra acerca de mi vestido y adornos, en suma, olvidará Vd. completamente que soy una mujer. ¿Estamos en ello?

— Estamos.

— Ahora deme Vd. su mano y su palabra de honor de que olvidará que soy una mujer.

— Aquí está mi mano, y en cuanto á mi palabra, la daré también, si Vd. por su parte me jura no acordarse de que lo es.

— Está jurado.

— En hora buena; pero adviérto, que si Vd. falta á su juramento, yo faltaré á mi palabra.

— No tenga Vd. cuidado, que no será.

Una vez concluido el pacto, la viuda y Ernesto permanecieron fieles á él durante un par de semanas... y nada más.

¿Quién fué el primero que cayó en falta? Tratemos de averiguarlo.

Las entrevistas tenían lugar en medio del sosiego mas apacible. La viuda no era coqueta, y el escritor fumaba sus cigarros sumido en la indiferencia mas constante. Tocaban el piano, hablaban de política y literatura... en fin, el problema parecia estar resuelto. Un jóven y una jóven podían vivir en la intimidad sin que peligrasen sus corazones.

Pero todo esto no era mas que aparente: mucha calma en la superficie, y en el fondo borrascas horrorosas.

La viuda comenzaba á perder la paciencia. La serenidad de su amigo la atormentaba mas y mas á cada instante, sin que aun se atreviese á confesárselo á sí misma.

Un día sin embargo, se vistió con mucha elegancia, se llenó de adornos, se miró cien veces al espejo, y se convenció de que estaba mas hermosa y mas resplandeciente que nunca.

Es de advertir, que hasta entonces habia recibido á Ernesto con un mal vestido negro, viejo y ajado, el peor vestido que tenia.

Ernesto entró, encendió su cigarro como de costumbre, y preguntó á la jóven qué era lo que pensaba acerca de las intenciones del rey de Prusia.

La viuda no pensaba mas que en su vestido.

— Las modistas de París la queman á una la sangre, decia; ¿no le parece á Vd., amigo mio, que este traje me sienta muy mal?

— ¿Qué traje?

— ¿Cuál ha de ser? El de la vecina de enfrente.

— ¡Ah! perdón Vd., no habia reparado que tenia Vd. hoy un vestido nuevo.

— ¿De veras? Vd. no repara mas que lo que no quiere.

— ¿Y acaso ha fijado Vd. su atencion en mi levita?

— ¡Bonita vestidura para llamar mi atencion; puede Vd. hablar de ella! Por el pronto, hágame Vd. el favor de arrojar á la chimenea ese cigarro que está apestando mi casa. Me duele mucho la cabeza, hasta otro día.

A principios de febrero del año actual Ernesto y la viuda se casaban, y en una de las últimas noches daban á sus amigos una funcion teatral en la que se ponía en escena la historia que acabamos de contar. La pieza se titulaba una *Apuesta amorosa*, y representaban los papeles de los dos únicos personajes que en ella figuran, la viuda y el escritor. — ¿No era un espectáculo interesante para los que conocían la verdad del caso?

En la Opera Cómica hemos tenido una novedad esta semana, el *Joyero de San James*, libreto de MM. de Saint-Georges y Leuven, música de M. Grisar. La nueva producción ha obtenido un buen éxito, y merecido, apresurémonos á confesarlo.

Un conde florentino llamado Olivieri tiene que emigrar de su país y se dirige á Londres, donde para atender á su subsistencia entra en casa del joyero Thompson. Sus progresos en el arte son tan rápidos, que la casa cobra una fama que antes no tenia, y no por la riqueza de sus productos, pues Thompson jamás ha nadado en la abundancia, sino por el maravilloso trabajo del jóven florentino, que tiene el don de dar al cobre el valor del oro. Todo Londres acude á la platería; los nobles se disputan con afán las obras del emigrado, que se oculta con el prosaico nombre de Bernardo, y su maestro, cuando llega á morir, le cede un establecimiento que es el primero en su clase.

No apuntaremos mas que los lances principales del intrincado argumento de esta pieza. — Bernardo, disfrazado lujosamente, encuentra en un baile por primera vez á la hermosa mi'ady Richmond, baila con ella, y lo que es mas, la defiende espada en mano de un importuno, por cuya razon la marquesa se enamora en secreto del italiano, que por su parte se ha prendado también de sus hechizos.

Milady Richmond es viuda y el conde Olivieri es soltero; nada mas natural que una boda; pero el jóven ha jurado á su padre, cuando entró en casa de Thompson, que á nadie revelaría

su verdadera condicion, sino en el caso de que se viese obligado á ello por punto de honra.

Es de advertir que la marquesa es una mujer aficionada á joyas cual ninguna; y en esta afición bien disculpable en una hija de Eva, está basado todo el argumento de la intriga. La marquesa distingue en la tienda del joyero de San James un magnífico aderezo encargado por la duquesa de Devonshire, deplora no poder hacer su adquisición, y Bernardo, que oculto detrás de una puerta, adivina su deseo, toma el aderezo y se le envia despues á su casa como un regalo anónimo.

La marquesa da un baile aquella noche y se encuentra espléndidamente engalanada con el aderezo. Bernardo es presentado en la casa por un noble, bajo el título de un baron italiano. La marquesa le recibe afable, le prodiga mil atenciones y mil obsequios, y la fiesta habria sido brillante para el platero si no hubiese aparecido en ella Tom Trick, el dependiente principal de la joyería, que viene á notificar á su amo que la duquesa de Devonshire está furiosa porque han dispuesto de su alhaja que ya tenia pagada, circunstancia que ignoraba el joyero.

Entonces Tom Trick toma medidas extraordinarias. En medio de la noche, con un farolillo en la mano y una careta en el rostro, se introduce en el domicilio de la marquesa para robarla el famoso aderezo. Pero hé aquí que la jóven se lia dormido con el estuche en la mano, y al ruido que hace Tom se despierta, grita pidiendo socorro, la habitacion se llena de gente, y buscando al ladron encuentran á Bernardo que se habia escondido en un gabinete para contemplar por el agujero de la llave á la señora de sus pensamientos. Todas sus denegaciones son inútiles, y no tiene mas remedio que ir á la cárcel.

En el último acto le vemos libre y provocando en desafío al que le ha presentado en casa de la marquesa; y como este se niega á batirse con un plebeyo, el florentino se descubre.

— ¡Soy el conde Olivieri! le dice con arrogancia.

La marquesa oyó esta confidencia, que produce inmediatamente el desenlace.

M. Grisar es un compositor de talento que ha producido ya varias partituras, como *l'Eau merveilleuse* y *Gilles Ravisseur*, que se mantienen siempre á mucha altura en el repertorio de la Opera Cómica. No posee ni la imaginación de Auber, ni la ciencia de Halevy, pero sí tiene un estilo propio y una gracia cual ningún autor para exornar los detalles. Si falta el efecto de conjunto, si faltan esos grandes golpes que arrebatan, en cambio á cada paso el público aplaude en sus producciones la delicadeza, la ligereza y la distinción con que trata sus cantos melódicos, á veces sobre un pensamiento de un mérito secundario. En el *Joyero de San James* hay un buen coro de obreros muy característico, un cuarteto bien armonizado, un dúo y un aria cantada por el noble amigo de Bernardo, que son muy aplaudidos, y sobre todo una romanza amorosa del joyero que ejecuta el tenor Montaubry con una ternura y una conmoción que le valen un triunfo merecido. Vemos pues que hay lo bastante para justificar el buen éxito que dejamos señalado.

En el Teatro Italiano nada nuevo. Despues de la *Lucrecia Borga* por la Frezzolini, hemos tenido la *Lucrecia Borga* por la Penco y por un tenor francés llamado Naudin, que no nos ha parecido en camino de heredar la gloria de Mario. En esta semana se ha puesto en escena la *Traviata*, que es seguramente el primer papel de la Penco; no es posible ver nada mas brillante. La Piccolomini, á pesar de su inmensa reputación en esa ópera, se queda á mucha distancia de su rival, á tanta como esta se queda de la Grisi en la *Lucrecia* y en la *Norma*. Los demás artistas muy medianos. — Se espera próximamente á Tamberlick, que vendrá á cerrar la temporada.

MARIANO URRABIETA.

Guerra al miriñaque.

Prole gentil y esponjada
Que de sermones te mofas,
Ambulantes alcachofas,
Todo almidon, miga nada,
Niñas-campanas, oid,
Plegad las hinchadas velas,
Revoltosas carabelas
Que el corso haceis de Madrid,
¿Hasta cuándo habeis de andar
Como niños en pollera?
Si os inflais de esa manera,
¿Vamos á veros volar?
Esa que á la vista salta,
De almidon muralla inmensa,
¿Es reducto de defensa,
O es un puff de algo que falta?
¿Es para evitar escollos
Cepo en que andais embutidas,
O tal vez para-caidas
O mejor espanta-pollos?
Si Eva tanta garipola
Pudiera ver, tanto farrago
Que á la que es como un espárrago
La trueca en queso de bola,
¿Qué diría, ella que fuera
De lo que al pudor ataque,
Nunca usó mas miriñaque
Que una ó dos hojas de liiguera?
Ea; soltad embelesos,
Suprimid tales consumos,
Bajad un poco los humos
Chafad un tanto esos huecos;

A tierra esas barricadas,
Que de amor en las conquistas
Todos somos progresistas
De ideas muy avanzadas.
Juanas, Matildes, Eustoquias,
Si dais en tanto ensanchar,
Se van de fijo á picar
Las mangas de las parroquias:
No hay quien la gracia les halle,
Nadie que no los denoste,
Son en la casa armatoste,
Guarda-canton en la calle.
Para la criada un censo,
Para el papá una pensión,
Y aun para vosotras son
Carga de balumbo inmenso.
Y hay quien se queda soltero
Y deja á su amada prenda
Por no tener una tienda
De lienzo fino y vivero.
Fuera pues todo postizo,
Y cada cual, vamos claros,
Sin ballenas y sin aros
Vaya como Dios la hizo;
Y aparezcan sin biombo,
Sin huecos ni otros excesos,
Flaca la que esté en los huesos,
Gorda la que esté hecha un bombo.
Todos conmigo os lo piden,
No digan gentes babiecas
Que si de abajo estais huecas,
Lo que es de arriba estais idem.
Luzca ya ese nuevo sol,
Y las gentes venideras
Podrán exclamar de veras
«Ya cayó Sebastopol.»

RAFAEL GARCIA SANTISTEBAN.

Los cuatro novios de Juana.

De la lista de mis novios
Quieres, amiga Ruperta,
Que con notas de servicio
Te dé minuciosa cuenta.
Haz pues un breve paréntesis
Al zurcido y la calceta,
Y allá van puestos en sarta,
Como buñuelos de feria.
No bien de niña zancuda
Ascendí á pollita tierna,
Y soltando los calzones
Dí á la enagua alargaderas,
Cuando anhelosa de hacer
Mi *debut* en toda regla,
La suerte me trajo un pollo
De los de tres en cazuela.
Era chiquito y enclenque,
Muy peludo de mollera,
Pero, al contrario, la cara
Mas monda que una habichuela.
A caballo en la nariz
Quevedos de vidriera,
Y en oyendo tocar polkas
Le bailaban ambas piernas.
Miróme, miré, siguióme,
Y una tarde en la Alameda
Me hizo su declaración
Con voz de polichinela.
Mamá, que escuchaba al paño,
Largó una andanada recia,
El se escabulló, y en mí
Vino á estallar la tormenta.
Con argumentos de uña
Quiso esforzar su elocuencia,
Y cada pellizco suyo
Me hacía ver cien estrellas.
Sus razones me escocieron,
Y al cabo pensé discreta
Que un amor con cardenales,
Mas que amor, cóncave era.
De pollos escarmentada
Quise echar por otra senda,
Y acepté un gallo maduro
Que se me entró por las puertas.
¿Gran mozo! Negro el cabello,
Por patillas dos zaleas,
Encerillado el bigote
Y un escobillon por pera.
Hablóme de sus cortijos,
De sus casas, de sus tierras,
De un tío conde, del cual
Título heredaba y renta,
Y añadióme que tenia

Seis contratas con la hacienda.

Yo, que ya me contemplaba
Arrastrando carretelas,
Y picando en el usia
Con mis pujos de excelencia,
Al diablo de la ambición
Ibame ya dando entera.

Y luego, ¡qué entretenido!
Como por mar y por tierra
Corrido habia el mapamundi,
Me contaba mil lindezas.

Decíame que en París
Se cogen muchas ballenas,
Que en Londres se crían loros
Que bailan la tarantela,
Me hablaba de las sardinas
Que en Despeñaperros pescan,
De las monas en que abunda
Todo el golfo de las Yeguas,
Del río Nilo, que corre
Junto á Alcoy, y de Siberia,
País donde se disfruta
De una primavera eterna.

Pero ¡qué chasco! mi novio
Averiguóse que era
Un caballero de industria,
Y embrollon de siete suelas.
Con escolta de civiles
Le embarcaron para Ceuta,
Y el que debió ser condado
Vino á resultar condena.

Si dió que hablar este lance
Tú, amiga, allá te lo piensa:
A mi costa todo el pueblo
Se rió semana y media;
Mas yo, que en el buscar novios
He sido siempre impertérrita,
Me dije: «Valor, y á otra,
Ya que la de hoy salió huera.»

Un militarón muy tieso
Con bigotes como leznas,
Cuadrado al frente, faz hosca,
Cortada la pelambreira
Al último figurin
Del cuartel de Santa Elena,
Me echó á su modo miradas,
Y á su modo me hizo señas,
Y aún me requebró al pasar
Con el tono de voz mesma
Con que á su mitad mandara
Conversion por la derecha.

Tú sabes que desde niña
Fuí muy dada á charreteras,
Porque papá fué sargento
De nacionales en Ecija:
Pues bien, yo que me coloco
Siempre al nivel de mi época,
Hoy en viendo un poncho, un ros,
Y en la manga tres estrellas,
Las del cielo me parecen
Segun el alma me alegran.

En un mes de novio, el tal
No desarrugó las cejas,
Tratábame á lo recluta
Y me arrestaba en banderas;
Me hacia observar consigna
Cual si fuese centinela;
Y hasta un día que salí
Sin pedirle antes licencia,
Me amenazó con ponerme
En el cepo de cabeza.

Sujeta á ordenanza estuve
Sin tener filiación previa,
Y con las leyes penales
Durante un mes siempre á cuestras.

Al fin marchó el batallón;
Mas no bien llegó á Antequera,
Me envió mi capitán,
Por cumplida, mi licencia.

Desde entonces, en oyendo
Un tambor ó una corneta,
De miedo me escondría
En el centro de la tierra.

A las dos ó tres semanas
Recibí por la estafeta
Una carta de un marino,
Que aquí te copio á la letra.

«Señorita, vuestros ojos,
Como si metralla fueran,
Me han destrozado la jarcia
Y deshecho la obra muerta.

Si no me daís un remolque
Írme á pique será fuerza,
Que tengo de ayer acá
Tres piés de agua en la bodega,
Y es tal mi amor, que no aguanta

Dos singladuras como esta.
No orce usted si le doy caza,
Que es de novio mi bandera,
Ni si tomo el barlovento
Vire forzando de vela.

Póngase en facha á la voz
Esta noche, y haga espera
Junto á la porta de luz
Que cae á la callejuela.
Yo aguardaré bordeando
La señal de inteligencia:
Ize, que yo arribaré;
Y si como yo marea,
Rendiremos este viaje
Tomando puerto en la iglesia.»

Un primo mio piloto
Me tradujo aquesta jerga:
Acudí, nos entendimos,
Y cuando mas satisfecha
Estaba de mi conquista,
Hizo rumbo su corbeta
A Manila, y me dejó
Anclada y llorando ausencias,
Siendo esta la hora en que de él
No oí razon ni ví letra.

Tal es mi historia hasta aquí;
No envidiarás mi cosecha,
Pues tras de ser poco el grano,
La calidad fué perversa.

En los cuatro he recorrido
La escala social entera,
Y paisanos, militares,
Pollos, gallos, mar y tierra,
Haciéndome suspicaz,
Que es suspicaz la experiencia,
Me han hecho ver que de ciento
Han de fallar los noventa.
Unos porque aun están verdes,
Otros porque, por la inversa,
De puro tunos se caen
Del árbol con gusanera,
Y otros, en fin, porque fieles
A la novísima escuela,
El *si te vi no me acuerdo*
Han adoptado por lema.

Sé bien, y en eso confío,
Que no hay sin excepcion regla;
Pero en tanto que la hallo
El irme con tiento es fuerza,
Que no hay precaucion que sobre
Si con fulleros se juega.
Y pues me enseñó un marino
Los términos de la ciencia,
Diré que, la que en el mar
De los amores navega,
Mientras tan solo un celaje
En el horizonte vea,
Lleve siempre media máquina
O poco trapo en las vergas.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Méjico.

Cuando despues de haber atravesado los desfiladeros que separan Veracruz de Méjico, las altas montañas, los terrenos accidentados, las llanuras que se pierden en el horizonte, se ha pasado el último, la cumbre mas elevada de este camino, — la cuesta de Riofrio, al través de los abetos alpestres que han sucedido á la vegetacion tropical de las orillas del mar, se abre delante un valle á cuyos últimos límites no alcanza la vista. Al Este se levantan los altos picos del Ixtaccuatl y del Popocatepetl, esos dos gigantes de la cordillera, esos dos volcanes apagados hoy y que quizá arderan de nuevo un día; dos lineas de elevadas colinas encorvan el valle al Norte y al Sur, y como al Oeste son mucho mas bajas, se comprende que por aquí debió correr el lago que con sus aluviones formó el valle. En el tiempo de la conquista, el lugar donde estaba situado Tenachtillon, y que hoy ocupa la ciudad de Méjico, estaba rodeado de vastas lagunas, restos del lago primitivo; hoy solo queda una parte, el lago de Chalco, que comunica con la ciudad por medio de un canal, pero las cercanías inmediatas de Méjico fueron secadas a costa de muchas obras efectuadas por los españoles.

Desde la falda de la montaña de Riofrio la llanura es tan lisa, que se diría ha sido nivelada. Algunos cultivos donde domina el olivo trasportado de España despues de la independencia de la América; llanos cubiertos de salinas, grandes charcos de agua, demasiado anchos para estanques y muy pequeños para que puedan llamarse lagos, hé ahí el aspecto general del paisaje donde los árboles no se muestran en la mayor abundancia. Aquí crece el organo cactus espinoso, que sirve para cercar las huertas, y el ahuehuete, cedro de proporciones colosales; pero en vano se buscaría la palmera ni el plátano, esas producciones de la zona tórrida. Méjico, aunque

se encuentra situado á unos 19° al Norte de la línea, y por consiguiente bajo el trópico, disfruta de un clima muy templado, ventaja que debe á su inmensa elevacion sobre el nivel del mar.

Lo que da un caracter particular á la inmensa llanura que rodea á Méjico, es la crecida cantidad de volcanes apagados que se hallan en ella. Esos conos que tienen de 100 á 150 metros, se elevan abruptos como enormes monumentos lúnebres legados por civilizaciones extinguidas; pero esos crateres que antiguamente vomitaron llamas, lava y azufre, estan hoy cubiertos en su interior de una vegetacion lozana, cuyo verde pronunciado contrasta con el rojo reluciente de las lavas que forman sus paredes.

Para el viajero que llega de Veracruz, una muralla sobre la cual se destacan algunos campanarios, las cúpulas de algunas iglesias, tal es el aspecto que presenta esa ciudad, la mas hermosa seguramente de las que tiene el nuevo mundo. Nada indica la majestad que se advierte en su interior; ni la puerta por donde se entra corresponde al esplendor que se nota en los edificios que adornan las calles. Muchas veces la sencillez exterior es señal de la verdadera riqueza.

Permitaseme aquí invocar un recuerdo que me es personal. — Era en 1838, en la época de la campaña que se terminó con la toma del fuerte de San Juan de Uluá y de Veracruz. Enviado por el almirante francés M. Baudin para acompañar en calidad de intérprete (con recomendacion de no olvidar mis lapiceros) al capitán de navío Leroy, portador de las últimas proposiciones de la Francia, atravesé la puerta en cuestion en el coche con seis caballos del presidente de la república Bustamante; en el último relevo el carruaje habia tomado una escolta compuesta de un escudron de caballería ligera, y lo restante del regimiento con la música y el estado mayor al frente, esperaba junto a la puerta para formar nuestra comitiva a nuestra entrada en Méjico. A la increíble velocidad con que habíamos atravesado la distancia desde Tacubaya, sucedió una marcha lenta y solemne; las trompetas entonaban los toques mas agudos, la música las marchas mas nuevas, y en nuestro honor hacían oír la *Marsellesa* de tiempo en tiempo. No solo París esta poblado de gente curiosa. Las calles de Méjico estaban muy bien guarnecidas de espectadores, y los balcones bien adornados de hermosas mejicanas; confieso que mi sorpresa era grande al verme yo, un simple pintor, intérprete por acaso, diplomático por accidente, haciendo una pomposa entrada en una gran capital, lo mismo que si fuese un soberano.

No hay que dar muchos pasos en Méjico para formarse una idea de su grandeza. Todas las calles son derechas, y nada queda absolutamente de la antigua Tenachtillon. ¿Qué era esta capital de los Aztecas? Las ruinas de los templos, de los palacios de Mitla podran quizá responder a esta pregunta. Acaso sucedía tambien en Méjico lo que en Egipto, donde los templos monolíticos, los palacios de proporciones colosales construidos con piedras inmensas, se edificaban por una poblacion que se contentaba entonces como hoy con chozas de tierra y de paja. Sea como quiera, el Méjico de nuestros tiempos es sin duda alguna superior al Tenachtillon que ha desaparecido, y muy grande debió ser aquella potencia, que tenia colonias cuya ciudad principal era infinitamente superior a la capital de muchos reinos de Europa, sin exceptuar Madrid, de donde partían las órdenes para la construccion de los suntuosos monumentos que adornan esa metrópoli del nuevo mundo.

Ya hemos dicho que las calles de Méjico son derechas, y ahora añadiremos que son anchas, y que al extremo de cada una de ellas se distinguen las colinas que limitan el valle, ó cuando se mira por el lado del Levante, los dos gigantes de la cordillera. Esta ciudad, en la cual podrian vivir mas de trescientas mil almas, encierra unas doscientas mil; pero el número de carruajes es considerable. En la época en que yo estuve en Méjico, vi con placer la anchurosa berlina española con un par de mulas pacíficas guiadas por un cochero anciano vestido con el clasico capote y el sombrero de tres picos, lo que me recordó los tiempos de los graves alcaldes de Casa y Corte. Sin embargo, desde entonces, si debo dar crédito á varias estampas venidas de América, aquel antiguo modelo ha disminuido mucho, y hoy se ven en la capital mejicana toda clase de carruajes modernos. Yo por mi parte, declaro que aquellas famosas berlinas se armonizaban perfectamente con los monumentos de arquitectura magistral de que dotó al país la dominacion española.

Como en todo el mundo, el paletó, el sombrero de copa alta y la crinolina, se han apoderado de los que en Méjico dan la moda. Respeto el gusto de la elegancia mejicana, pero á mi me parece mil veces mas elegante el traje que á cada paso se descubre en las calles de Méjico. Si se quiere la variedad de los colores, nada mas vistoso que el sarape (1); y si se busca la riqueza, hay jarochos que llevan en la chaqueta y en sus anchos pantalones el valor de muchos miles de francos en botones de oro ó de plata.

Nos quejamos del precio del calzado de París; no obstante, preguntemos á ese jinete tan erguido sobre su caballo cuanto le han costado las botas vaqueras que rodean sus piernas y le defienden de la picadura de los reptiles en sus correrías al través de las enredaderas: cinco ó seis onzas de oro han pagado apenas el mara-

(1) Sarape, manta larga de lana con muchos dibujos de colores vivos y un agujero por donde se mete la cabeza. Es la dalmática de nuestros antiguos heraldos de armas, y el poncho de la América del Sur.



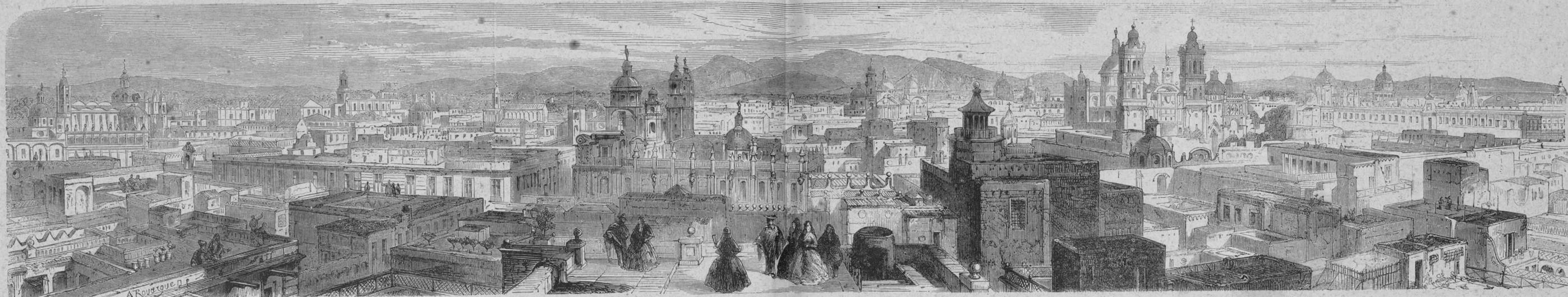
Tipos mejicanos.



Palacio del emperador Iturbide, hoy hotel de las diligencias generales.



Tipos mejicanos.



Panorama de Méjico.



Casa de la Diputación de Méjico.

villosa trabajo que las adorna. Todo el mundo conoce la historia de la casaca de paño de plata forrada de paño de oro: lo mismo sucede en Méjico en cuanto al tocado. El ancho sombrero que llevan con mucha gracia, está rodeado en la base de la forma con un cordón de cuentas arrollado que representará, á mi juicio, la serpiente de los Aztecas; un ancho galon de oro adorna el ala, pero está puesto por dentro. Así vestido y montado en uno de esos caballos de las hermosas razas importadas de España, el jaracho representa verdaderamente el rey de las selvas, el hombre á quien son conocidos todos sus misterios, que desafía y vence todos los peligros, gracias á su machete, y sobre todo á su presencia de ánimo que no le abandona nunca.

Hay una clase de mujeres que existe en todos los países. En París á esta mujer la llaman *griseta*; en Madrid *manola*, y curra en Anda-



La fuente de la Cascada.

lucía. En Méjico la designan con el nombre de *poblana*, y no porque sea de la ciudad de Puebla mas bien que de otra parte; — pero dejando á otros el cuidado de buscar la etimología de su nombre, diremos que su vida se reduce á unos cuantos años de locuras seguidos de la miseria. No obstante, la miseria bajo el hermoso cielo de Méjico ¿es verdaderamente la miseria? Es esa desnudez absoluta que solo se halla en nuestros helados climas del Norte? No; es la privación del lujo y nada mas. Mirad pues esa poblana orgullosamente plantada en el suelo, que parece morder con sus menudos piés; no lleva medias, pero si un preciosísimo zapato. Su camisa de fina tela blanca, adornada con un elegante bordado de color, apenas está sostenida sobre sus hombros. Los brazos desnudos. Un rebozo ó rebocillo de armoniosos colores cubre su cabeza colgando graciosamente sobre su pe-



El Sagrario, catedral de Méjico.

cho que apenas oculta. Lo restante de su traje se compone de una basquiña corta de colores chillones. Mezclas regularmente, esto es, nacidas de indias y de blancos, su cutis se acerca un poco al bronceado florentino. Vivas y graciosas, deben a la mezcla de las dos razas la inteligencia del europeo y la pureza de formas que distingue a las razas primitivas. También la poblana se ha sujetado a la moda de la crinolina; también ella ha cubierto sus hermosas formas con esos horribles aros que las desfiguran. Veremos si mejor aconsejada por la coquetería volverá otra vez al traje que sabe llevar con tanta gracia.

Hay una raza de parias que abunda en las calles de Méjico: son los léperos. Mestizos en su mayor parte, hacen los mas viles oficios. Estos no tienen en sus pantalones oro ni plata, gracias que gasten pantalones. Una manta agujereada, un sombrero de paja de alas anchas, hé ahí su vestidura, que puede compararse en sencillez a la de los fellahs de las margenes del Nilo.

Los monumentos de Méjico son dignos de adornar una gran capital de Europa. La catedral, de vastas proporciones, pertenece al estilo que llaman en España greco-romano y que florecia a fines del siglo XVI, en la época en que construía el Escorial el arquitecto Herrera. Como todas las catedrales españolas posee un Sagrario que es una dependencia de la iglesia, en la cual tiene una salida. En el Sagrario tiene lugar todo lo perteneciente a la parroquia propiamente dicha, casamientos, bautizos y entierros, y la iglesia está reservada para lo relativo al cabildo. El de la catedral de Méjico, de mediados del siglo pasado, es del estilo churrigueresco, estilo muy recargado, pero que sin embargo, tiene el mérito de poseer mucha invención en los detalles. De todos los monumentos de esta clase que se pueden ver en los países españoles, este es seguramente el mas completo, y además, por los materiales que entraron en su construcción, se debe considerar como una obra notable. Todo lo que es ornato, columnas, molduras y estatuas es de mármol blanco, y todo lo que es pared es de lava encarnada. Las formas un tanto fantásticas del monumento, y el color de sus materiales en oposicion con un cielo de un azul intenso, habrían merecido ser reproducidas por Daujats, por Marilhat ó por Decamps, los pintores del sol.

Los habitantes de Méjico admiran mucho la fuente de la Cascada, pero yo no soy de su parecer en esta parte; la casa de la ciudad es un monumento sencillo adornado con arcos; pero donde se puede ver aun cuan grandes fueron los esplendores de Méjico, es sobre todo en los palacios destinados a diferentes servicios públicos y en algunas casas particulares. La que sirvió de morada a Iturbide durante su efímero reinado, es uno de los mas hermosos tipos de ese estilo en que la grandeza se reúne con la elegancia para poner en obra los mas bellos materiales de la tierra.

Para formarse una idea verdadera del esplendor de esta capital, es preciso subir una mañana que haga bien claro a uno de los monumentos mas altos de Méjico, cuando el sol asomando por encima de la cordillera derrama sobre la ciudad torrentes de luz. Una vez hemos podido admirar este soberbio espectáculo, y confesamos que es uno de los mas bellos recuerdos de nuestra vida de pintor cosmopolita.

P. B.

La poesía pastoral.

ESTUDIO POR M. A. RODRIGUEZ FERNANDEZ,

TRADUCTOR DE LOS IDILIOS DE GESSNER.

(Continuacion.)

¡Qué pura claridad los rayos vivos
Del sol poco elevado
A las colinas dan, rompiendo el velo
De las ligeras nieblas, y deshacen
La escarcha allí caída! ¡qué blancura
La de la nieve pura,
Que viste de uniforme todo el suelo!
¡Cómo a los ojos placen
Las pinturas graciosas,
No como en el estío tan vistosas,
Que hacen los negros troncos y los ramos
Desnudos y torcidos
De los árboles altos esparcidos
Por el albo tapiz, que aquí miramos!
¡Y la parda cabaña, cuyo techo
Cubierto está de nieve! ¡Y los cercados
De seto vivo, que de trecho en trecho
Se miran colocados,
Y cortar la blancura
Con moreno color de la llanura!

Los pastores usan también de otras locuciones, que les son como habituales, y denuncian su fondo y carácter.

En las narraciones les es muy propio insistir en las circunstancias de los sucesos, como quien siente, ó quien esta en ocio extremo. Esta cuidadosa enumeración de circunstancias, hecha con mucho arte, al paso que denota maravillosamente la limitación de sus ideas, produce menudísimas descripciones, que divierten sin estimular a discurrir.

¡Oh qué largo intervalo se ha pasado
Desde que en el otoño
He visto a Lycas por la vez postrera!
Durmiendo en el frondoso

Bosque tendido estaba.
¡Ay de mí! ¡cuán bello era!
¡Cuál el céfiro blando retozaba
En sus crespos cabellos!
¡Cómo del sol el resplandor dorado
En su agraciado cuerpo figuraba
La móvil sombra de las verdes hojas!
¡Ay! todavía le veo,
Y acá y allá las sombras menearse
En su bello semblante!

(Idil. XV.)

Suelen usar de bellas digresiones, pero cortas. Así en el idilio XVIII Filis entretiene el deseo de Cloe, recitando la canción de su querido Alexis.

Usan de frecuentes comparaciones, tomadas de los objetos mas agradables del campo. Las comparaciones son muy del gusto pastoral, porque son el recurso de quien no tiene ni ideas ni palabras bastantes para explicar sus conceptos:

« El joven cantor Mylon, en cuya delicada barbilla » el sutil bozo apuntaba ya de trecho en trecho, como » la yerba naciente, que sale por medio de las nieves, » que aun duran a la llegada de la primavera; y el her- » moso Lycas de crespos y rubios cabellos, como las » doradas espigas cerca de la siega, se encontraron un » día... » (Idil. VI.)

Usan de apóstrofes a las cosas inanimadas, que tienen delante, y son siempre los confidentes de sus acciones y sentimientos. ¡Cuan tierno es personalizar los objetos de la naturaleza, para conversar con ellos, y comunicarles los secretos, querellas y males que lastiman nuestra sensibilidad, y adquirimos en el comercio de nuestros semejantes!

« Apacibles bosques, solitarias fontanas, sedme tes- » tigos, que mil veces habeis oido las quejas de mi amor; » y vosotras flores, os habeis humedecido con mis lá- » grimas, como con las del fresco rocío. » (Idil. XII.)

Usan de expresiones simétricas, que en su boca suenan tan bien, cuanto son ridículas y pueriles en los discursos serios y en las poesías mas graves:

¡Ay de mí sin ventura!
Yo amo al pastor mas bello,
Y el mas bello pastor que le amo ignora.
(Idil. XV.)

Usan de repeticiones frecuentes. Las repeticiones son muy propias de la bucólica; pues así como en los demas géneros hacen mas vehementemente y patético el estilo, en este denotan de algun modo la naturalidad de los pastores, y la pereza de excogitar otras palabras, para hacer mas culto y limado su lenguaje.

« Suspiro entonces ¡oh Dafni! y tú también suspiras a » tu vez ¡oh Cloe! y el eco suspira despues de nosotros. » La tierna yerbecilla de la primavera recrea los re- » baños, y las frescas sombras recrean durante los ar- » dientes calores del medio día; pero a mí, Dafni, nada » me recrea tanto, como el oír de tu graciosa boca de- » cirme que me amas. » (Idil. XI.)

Por conclusion, usan de signos naturales mas bien que de las voces recibidas, cuando con ellos se pueden dar a entender claramente. Este uso es muy poético, y tanto mas pastoril, cuanto nos recuerda que la poesía en los años de su niñez nada mas era que un agregado de signos naturales y de interjecciones clamorosas con que los hombres expresaban sus sentimientos en cantos de la armonía mas imitativa de la naturaleza, que pareciéndoles llena de movimiento y vida, la hacían sonora, y consultaban las impresiones del oído, para imponer denominación a todos sus objetos. Así es como Palemon, para decir han pasado doce años, dice: *Ya la primavera ornó doce veces con flores tu sepulcro.* (Idil. XIII.) Y Mylon, para significar que si Cloe le desamaba, quedaria sepultado en lúgubre tristeza, dice: *Una opaca niebla cubrirá esta bella campiña.* (Idil. II.)

La forma de la poesía pastoral está íntimamente ligada con las otras tres partes, como queda dicho, y así se tratara de ella por los mismos principios. El ocio y la satisfacción interior son la suerte afortunada de los pastores: suerte que sirve de raíz a todas sus acciones. Debiendo pues participar de ella los poemas campes- tres, como que son las producciones de su espíritu, la regla máxima a que estan sujetos es la de ser cortos, porque de lo contrario el canto se supondría trabajoso, desmintiendo la favorable idea que tenemos de aquella edad, que con razon puede decirse el reino de la naturaleza, y aquella luminosa verdad de que el hombre huye hasta de la memoria del trabajo, cuando no temiéndolo menoscabo en su conservación, solo le aguijan aquellos tenuísimos deseos, que son el principio de su movimiento y del amor a la vida. Los cantos pastorales figuran el solaz y desahogo inocente de los pastores, y esto excluye toda penalidad y ocupación formal.

Por otra parte ¿podrá sostenerse en obras largas la sazón y sencillez, que es el alma de la bucólica, sin decaer y hacerse monótonas y insípidas? El que lo dude, consulte para su desengaño a la égloga II de Garcilaso, que por su difusión esta ajena de interés, y solo tiene algunos retazos dignos de la vena de su autor: consulte a Teocrito, Virgilio y Gessner, y vera por el contrario que sus piezas, en medio de la brevedad, resplandecen con todas las gracias inherentes a su género.

Tres son las principales modificaciones con que se

puede variar la forma de estos poemas. Cuando el poeta cuenta por sí lo que ha pasado, como en los idilios II y IV de Gessner, las pastorales se llaman épicas ó narrativas. Cuando, ocultándose el poeta, introduce en ellas actores, conversando ó altercando entre sí, como sucede en el trato ordinario de la sociedad, se llaman dramáticas. Son dramáticos los idilios IX, XVII y XVIII de Gessner. Y se llaman mixtas, cuando se componen de épico y dramático, esto es, cuando el poeta se manifiesta a veces, y a veces hace hablar a los interlocutores, como en los idilios VI, X y XIX de Gessner. La forma mixta es por la necesaria variedad que induce, mas bella y entretenida que la épica y dramática.

Pero el argumento de todas es una acción, expuesta de cualquiera de las tres suertes, según la voluntad del poeta. Acción en poesía es lo que se ejecuta con intención, con designio, con beneplacito del albedrío.

¿Y qué? ¿no se podrá componer una pastoral sin acción? Hay pastorales puramente líricas, que no exigen acción: basta que alguna pasión les sirva de fondo, como el dolor, la alegría, la esperanza. De esta clase son las églogas segunda, cuarta y décima de Virgilio, y los idilios XII, XV y XXIV de Gessner.

Se deja al cuidado de los humanistas analizar algunos de estos idilios, y puntualizar sus bellezas poéticas, puesto que ya quedan patentes las de composición. Ahora se tratará la historia de esta poesía, y se presentara una colección sumaria de los modelos antiguos y modernos que deben imitar los estudiosos, para formar y consolidar su gusto.

Aunque son muy inciertos y oscuros los principios de cada género de poesía, parece indudable que la bucólica es de los mas antiguos. Nació en el campo, como los hombres antes de vivir en pueblos y ciudades regladas, y en aquel tiempo en que el ejercicio de apacentar rebaños era el único que los ocupaba. Cantando para llenar las horas y sustraerse a los fastidios del ocio, ¿qué cosa mas natural, que tomar por asunto sus costumbres y ocupaciones que siendo enteramente rústicas, pegarian este gusto a sus cantilenas?

Así que, siempre hubo pastorales; pero es verosímil que se acabasen cuando los hombres de pastores se hicieron agricultores, y formaron sociedades mas consistentes y políticas, digámoslo así. Poco despues la corrupción de las sociedades creció hasta hacerse insoportable a los hombres mismos, que acojados tanto de su perversidad, como de sus incomodidades y bullicio, se acordaron de la felicidad campestre de sus antepasados, y esta memoria, unida a la idea de sus cantos, inspiró la idea de un poema, en que se hacia un retrato fiel de aquellos primitivos tiempos.

Hasta aquí la pastoral fué solo una tradición, porque ignorándose el arte de escribir, ninguna composición de las primeras pudo servir de norma; pero asociados los hombres y empezando a gobernar por leyes, confiadas a la autoridad pública, llegaron pronto a civilizarse y a inventar el arte de escribir: arte prodigioso, por cuyo medio comunicamos a los hombres de todas las edades y regiones, y sin el cual las artes y ciencias, manteniéndose siempre en el estado de tradicionales, jamás saldrian de un puñado de nociones vagas é imperfectas, expuestas a perecer por una de las infinitas casualidades que mas de una vez han mudado la faz del universo. Adquirido este arte, es de creer se escribiesen las poesías, y que esta fuese la época de la mas antigua pastoral a que pueden conducirnos las reflexiones conjeturales. Es pues sin duda que donde primero resucitó la pastoral escrita fué entre los orientales, cuyos pueblos y sociedades son las mas antiguas que se conocen; y no importa que se hayan perdido las de entonces, porque ¿cual es el escrito que se conserva aun de tiempos posteriores?

Algunos, desconfiando de las investigaciones de estos tiempos de tinieblas é incertidumbre, dan por su inventor al boyero Dafnis, y por su cuna las orillas del Anapo en los valles de Etoro en Sicilia, donde trisean los céfiro, la escena es siempre verde, y el aire fresco por la cercanía del mar.

Tal vez esta opinión confirma, si no me engaño, las observaciones hechas sobre este punto. Aquel Dafnis quiza sería un poeta de aquellos remotísimos tiempos en que la bucólica, por decirlo así, llegó a ser escrita: quiza la fama de su melifluido número, y de la enfermedad amorosa que le ocasionó una temprana muerte, llegaron de lengua en lengua hasta Teocrito, pues este hace mención de él en los epigramas II, III, IV y V, y en el idilio I llora su malogro por boca de Tirsis, llamándole varón estimado de las musas: quiza sus obras existían en tiempo de Teocrito, y despues perecieron por alguno de tantos accidentes como han acabado con otras muchas aun en mas felices días.

A favor de esta última conjetura hay una razon no despreciable, y es que los que inmediatamente siguieron a Dafnis fueron Stesichoro de Hymera y Diomo de Siracusa. Los dos vivían hacia el siglo V antes de la era vulgar, y de ellos se dice que adelantaron algo en el poema campestre. ¿Y cómo habrían adelantado sin saber el mérito de las obras de Dafnis? ¿Y cómo sabrían su mérito sin haberlas visto y examinado (1)?

Sea como fuere, los sicilianos Stesichoro y Diomo

(1) Stesichoro de Hymera vivía ciertamente hácia los años 526 antes de la venida del Mesías. Reinaban entonces Polycrates, tirano de Samos, y Pisistrato, tirano de Atenas. Según esta cronología, fué contemporáneo de Archiloco y Anacreon. Usó del dialecto dórico en todas sus poesías. Sus pastorales no pasaron de medianas, pues consta que no se grangeó con ellas grande aplauso y alabanza.

innovaron este género, y después de ellos lo cultivó Bion. Los pocos idilios que se salvaron del naufragio de los tiempos manifiestan su delicadeza, su elegancia de estilo y su pureza de expresión. Era natural de Smirna en Jonia, y vivía en la olimpiada CXXII, ó lo que es lo mismo, 287 años antes de Jesucristo. Precedió a Teocrito, así por esta cuenta cronológica, como porque en el *Canto fúnebre de Bion*, en que Mosco lloró su muerte, dice:

Filetes se lamenta
Cabe el undoso Alente en las ciudades
De Triope, y también en Siracusa
Teocrito.

De donde se colige que Teocrito vivía cuando murió Bion, y que Mosco era su contemporáneo. Yerra pues el abate Batteux, cuando afirma que Bion y Mosco vinieron algún tiempo después de Teocrito. También se colige que este poetizaba con crédito en Sicilia; lo que impele a conjeturar que compuso allí sus idilios, y no en la corte de Tolomeo Filadelfo, como quiere el inglés Blair. El idilio octavo robustece esta conjetura, pues uno de los interlocutores dice que su mayor deleite era estar mirando á un lado sus ovejas, y á otro el mar de Sicilia; pareciendo verosímil que para hacer esta pintura de lugar lo tuviese presente el poeta.

También la robustece una reflexión que seguramente se escapó á Blair, y es que Teocrito escribió sus idilios en dialecto dórico, dialecto que no se hablaba en Egipto, y parece repugnante que escribiese allí lo que no podía entenderse, y de consiguiente lo que sería poco ó nada estimado; porque aunque quiera suponerse que los literatos entendiesen y estudiaban la lengua griega, como llave que abría la puerta á la sabiduría, esto se debe entender del dialecto jónico que era por entonces el dominante en la Grecia, y no del dórico nunca usado generalmente por los escritores.

La equivocación de Blair proviene sin duda de que Teocrito fué uno de los literatos llamados por Tolomeo á su corte para propagar el buen gusto. ¿Pero esto mismo no prueba que Teocrito fuese un hombre acreditado ya, y que este crédito lo hubiese adquirido por sus idilios, que fueron el monumento que hicieron sobrevivir su nombre á innumerables siglos y acaecimientos, que sin ellos le habrían sepultado en el olvido?

Teocrito fué pues posterior á Bion, porque florecía hacia la olimpiada CXXX, que corresponde á los años de 253 á 251 antes de la venida de Cristo. Su patria era Siracusa en Sicilia. Dió la última mano á la poesía rural, y por eso le juzgan muchos su inventor, y de ella dicen que es toda siciliana. Se engañan miserablemente, porque aunque le deba grandes obligaciones, ¿quién no ve, que habiéndole precedido Bion de Smirna, no hay razón para usurpar esta gloria á los campos de Grecia? ¿Quién no ve que el añadir y mejorar es infinitamente mas fácil que el inventar del todo? Teocrito compuso sus idilios en dórico, cuyo distintivo es la grandeza y sencillez, como igualmente el de su música y arquitectura. Sin embargo, en ningún tiempo fué muy corriente este hermoso dialecto, ni se conoce en las obras literarias; solamente lo usaron, según el abate Denina, Teocrito y los otros poetas pastorales.

Mosco era también siciliano y coetáneo de Teocrito. Nos quedan de él algunos idilios muy buenos, si bien el demasiado arte los saca muchas veces de la esfera pastoril. Hay motivo de creer que escribió en dórico, así por el testimonio de Denina, como porque Sicilia era colonia de Corinto, y había recibido el dialecto de esta metrópoli.

Un juicio literato ha cotejado los idilios de estos tres escritores, y fija sus caracteres por medio de una comparación exactísima. Los idilios de Teocrito, dice, pasan en el bosque ó en una amenísima pradería: los de Bion en la ciudad, y los de Mosco en el teatro. ¿Quién pues dudara en dar la preferencia á Teocrito?

Nótese de paso que de los mejores tiempos de Grecia, esto es, de aquel espacio que medió entre la olimpiada LXXXV y la XCV, no han llegado á nuestra noticia pastorales algunas, ni después hizo allí esta poesía mas progresos que los de Bion, ni en lengua griega se conocen otras que las de este y las de los colonos sicilianos (1).

De ellos es probable se haya trasladado á los romanos, porque la Sicilia fué el primer país que sojuzgaron sus armas, después de conquistadas las naciones que en el continente les rodeaban. El primer bucólico latino fué Virgilio, que floreció bajo Augusto, á quien cubierto con el velo de la alegoría celebró en algunas de sus églogas. Ellas fueron los primeros ensayos de su númen, y en su composición consumió tres años, aunque lo mas de ellas se reduce á plagios tomados de Teocrito, pues el idilio XIII sirvió en parte de original á su Sileno: el I y el XI dieron materia á su égloga décima: el mismo idilio I la dió también á la égloga quinta, y el idilio III á la égloga segunda.

Vistióse pues de plumas ajenas; y este borron bastaría por sí solo para ennegrecer y menguar la mayor parte de su gloria, aun cuando no hubiese otros que manchasen sus églogas. No se trata ya de culparle de las pasiones y caracteres impropios que da á sus pastores, porque habiendo seguido ciegamente los idilios de

Teocrito, no es mucho coincida con todos sus defectos. Tales son las pasiones de mal ejemplo de la égloga segunda, en que el mismo Virgilio disfrazado de pastor se lamenta de la ingratitude del jóven Alexis, juzgado de los comentadores por hijo de Mecenas ó de Polion, al cual amaba perdidamente, según da á entender en muchas expresiones y alusiones indecentes de que está sembrada esta égloga.

Pero no es disimulable otra especie de corrupcion que introdujo este poeta, y no fué de menos perniciosa influencia; porque la reputación de maestro que en debido homenaje le rindieron cuantos le han sucedido, estableció inconcusamente las leyes de la bucólica en los diez y siete siglos precedentes. Según ellas, este género destinado á las bellas pinturas de la vida campestre, tan propias para enamorar á los hombres y desarmarles de las pasiones fuertes con que muchas veces asustan á la sociedad, fué presa de los intereses particulares de los poetas, que le obligaron á prestarse á todos sus designios con menoscabo de su objeto primitivo; y desde entonces la pastoral quedó reducida á solo el nombre, puesto que se llamó y reputó tal cualquiera composición en que obrasen y hablasen pastores y pastoras. No dudemos pues en juzgar á Virgilio por su primer depravador. ¿Pero de qué no abusara el hombre instigado de las privaciones y sufrimientos? Necesitado y desvalido, vendió su númen al favor de los cortesanos de Augusto, abonando por boca de los pastores sus pasiones y virtudes, vicios y lisonjas. De aquí las églogas alegóricas en que los ciudadanos vestidos de pellicos pudieron sin embarazo representar el papel de los candidos habitantes del campo. No hay lagrimas que basten a deplorar esta relajación. ¿Es posible que no hallase otro género mas á propósito para semejantes adoraciones, que la sencilla y desinteresada bucólica? ¿Es posible que este gran genio se deslumbrase tanto con el aparato fastuoso de la corte, que no reparase en perpetuar la ignominia de su nombre en aquellas mismas composiciones que mas debían ilustrarle y honrarle?

La causa de esta torpe prostitución no puede ocultarse á cualquiera que reconozca que la materia de todas ellas son asuntos de su propia utilidad. Bajo el disfraz de pastor en la égloga primera da las gracias á Augusto por haberle restituido el corto patrimonio que en el campo de Mantua se le había quitado, para repartir á los soldados veteranos. Es intolerable que su vil adulación llegase hasta llamarle dios abiertamente: *Deus nobis hæc otia fecit*. La égloga tercera, según Vives, se reduce á una contienda entre Virgilio y algun otro poeta rival suyo. A lo menos, por boca de Menalea satiriza groseramente á Bavio y Mevio, que se sabe eran sus acérrimos adversarios:

Qui Bavium non odit, amet tua carmina, Mævi;
Atque idem jungat vulpes, et mulceat apros.

La égloga cuarta es un mero geneliaco del hijo de su favorecedor C. Asinio Polion, a cuyo loor acomodo cuanto había aprendido en los libros sibilinos, tocante á la edad de Saturno y Rhea. Y en las églogas nona y décima vuelve á tocar las quejas sobre el repartimiento de las tierras á la tropa, sin olvidar las alabanzas de Augusto, Varo, Galo y Mecenas. Unido á ellos por los lazos de la amistad, de la protección y de la esperanza de mejor fortuna, ¿qué mucho que se ocupase de estos objetos de interés antes que de la frugal y pura vida del campo?

La segunda oda horaciana del Epodon, aunque no es rigurosamente bucólica, merece lugar entre las composiciones de esta clase. El cuadro de la vida campestre presentado con aquellos colores propios de los objetos, aunque el lenguaje sea un poco mas remontado, tiene bastante semejanza con el idilio y con la égloga, y puede aprovechar no poco al que trate de formarse en este género.

Hacia los años 284 de la era vulgar, imperando Diocleciano, vivían otros dos poetas, conocidos por el nombre de bucólicos menores. Uno fué M. Aurelio Nemesiano, natural de Cartago en Africa, que escribió cuatro églogas, y el otro fué T. Julio Calpurnio, nativo de Sicilia, que escribió siete. Aunque los dos tienen de cuando en cuando imagenes graciosas y versos felices, son muy inferiores á Virgilio; les falta aquella pureza y noble simplicidad, sin la cual toda pastoral esta como dislocada fuera de su elemento.

Sin haber adelantado mas este género en el Lacio, murió por largos años, hasta que en el siglo IV volvió á resucitar entre los griegos, aunque enteramente demudado en su forma y esencia.

(Se concluirá.)

Don Francisco Martinez de la Rosa.

Si no se supiera que don Francisco Martinez de la Rosa nació en Granada en 1787, una circunstancia interesante de su vida nos vendría á descubrir cual fué el año de su nacimiento. Cuando las Cortes constituyentes se reunieron en Cadiz en 1812, Martinez de la Rosa fué elegido miembro de esta asamblea por su ciudad natal, donde siendo profesor de filosofía desde la edad de veinte años, había hecho de su cátedra una tribuna patriótica; pero Martinez de la Rosa no tenía entonces los veinte y

cinco años que exigía la ley, y al encerrarse con los demas diputados á Cortes en aquel postrer baluarte de la independencia española, sus compañeros debieron acordarle una dispensa personal para que pudiera cumplir con su mandato.

Al salir de la adolescencia comenzó pues al mismo tiempo su carrera política y su carrera literaria, y entre dos discursos componía una comedia que hacia representar entre dos asaltos. Ejemplo de esto es la pieza titulada *Lo que puede un empleo*, donde trató de ridiculizar la empleomanía, y la *Viuda de Padilla*, donde mostrando la heroica resistencia que hizo á las armas de Carlos Quinto la viuda del jefe de los antiguos comuneros encerrada en Toledo, enseñaba á resistir con valor y paciencia á las armas de Napoleon.

Las opiniones muy liberales que había profesado Martinez de la Rosa en las Cortes de Cadiz, le designaron fatalmente á las venganzas de Fernando VII, restituido en 1814, y que no pudiendo obtener de él ni retractación ni sumisión de ninguna especie, le envió como un criminal á los presidios de Africa, donde estuvo cuatro años, debiendo su libertad á la revolución de 1820.

Entonces apareció de nuevo en las Cortes, y vino á ser, con el conde de Toreno, jefe del partido medio (moderados) que por burla llamaban partido de los pasteleros, y que se había propuesto guardar un equilibrio constitucional entre el precedente absolutismo y la revolución triunfante. Vencido por los partidos extremos, perdió el favor de la opinion popular sin ganar el del trono, pues en el tiempo en que los ejércitos de la restauración francesa (1823) volvieron á colocar en el trono á Fernando VII, Martinez de la Rosa figuró á la cabeza de los proscritos. Consiguió escaparse de España; pasó á Roma y luego á Paris, donde residió ocho años no menos estimado de los numerosos amigos que se hizo en Francia, que de sus compañeros de emigración. Durante este doble destierro en Ceuta y en Paris, durante esos largos intervalos de su vida política, volvió al cultivo de las letras y compuso la mayor parte de los escritos que han ilustrado su nombre. Los cinco tomos de *Obras literarias* que publicó en Paris en 1827, encierran entre otras, dos nuevas tragedias, *Edipo y Morayma*, y una preciosa comedia de costumbres, *la Hija en casa y la madre en las máscaras*, que fué imitada por un autor francés y se representó en el teatro del Vaudeville, y finalmente, dos poemas, uno épico y otro didáctico. El primero, *Zaragoza*, es una corta y enérgica epopeya que poetiza el doble sitio que sufrió Zaragoza, valerosamente defendida por Palafox contra los franceses, y la toma de esta capital del Aragon. El otro poema, *Arte poética*, es una feliz aplicación á la España de las reglas trazadas por Horacio y por Boileau para las letras latinas y francesas, obra muy útil para todo el mundo, por sus largas notas, que contienen una historia bastante completa de la literatura española.

El papel político de Martinez de la Rosa comienza de nuevo y toma mayor importancia cuando en 1833 la viuda de Fernando VII se ve precisada para resistir á las pretensiones de Don Carlos, á apoyarse en el partido liberal, y á renunciar para siempre al absolutismo. Llamado á España y reconciliado con el trono, Martinez de la Rosa entra en la presidencia del Consejo, y es el promovedor y el autor del Estatuto Real, que devolvió á la nación en 1834 el régimen tantas veces caído y levantado de sus antiguas Cortes. No hay duda que el Estatuto se hallaba muy lejos de la Constitución republicana de 1812; pero sin embargo, repartía con el país el poder real, y abría así la puerta al progreso de las instituciones, como lo vino á probar después la Constitución de 1845. Desde aquella época, ora ministro con el general Narvaez ó con el señor Mon, ora embajador en Roma ó en Paris, Martinez de la Rosa fué considerado como el representante mas autorizado del partido que se llama moderado, y se puede decir que personalmente ha dado siempre el ejemplo de la verdadera moderación, por su desinterés y su probidad nunca desmentida. La justa estimación de todos los partidos le mantenía hacia tiempo en la presidencia de las Cortes, elevado encargo que desempeñaba con una completa imparcialidad y la mas perfecta cortesía, después de haber renunciado á todo papel activo, para disfrutar en fin del *otium cum dignitate* tan justamente debido á su edad y á sus tareas. A su fallecimiento contaba entre sus altos cargos, además de la presidencia de las Cortes, la dirección perpétua de la Academia Española (1).

L. VIARDOT.

(1) M. Viardot es uno de los escritores franceses mas competentes para tratar de los hombres y las cosas de nuestro país, y por este motivo hemos traducido con gusto para nuestro periódico los ligeros apuntes biográficos que preceden, en los cuales se hacen tan justas apreciaciones del talento que caracterizó al ilustre finado, así como de los sentimientos que toda la España admira en él; sin embargo, faltando mucho que decir en el capítulo de sus cargos y dignidades, añadiremos que con su fallecimiento han quedado vacantes, además de la presidencia del Congreso y de la dirección de la Academia de la lengua, la presidencia del consejo de Estado; la presidencia del Ateneo científico y literario; la del consejo de Instrucción pública; un puesto en cada una de las academias de la lengua, de San Fernando, de la historia y de ciencias morales y políticas; un Toison de Oro, y no recordamos si algun otro cargo honorífico. El señor Martinez de la Rosa tenía las grandes cruces de Carlos III, de Cristo de Portugal, de la Legión de Honor de Francia, de San Salvador de Grecia, del Cruzeiro del Brasil, del Leon de Bélgica, de Pio IX, de San Genaro de Nápoles, de San Mauricio y San Lázaro de Cerdeña, y del Nisham de Turquía.

(N. DE LA R.)

(1) En unas Memorias griegas de incierto tiempo he visto mencionado con elogio á Ibico, como poeta bucólico. Era natural de Regio en la Grecia Magna; pero no he podido averiguar la edad en que floreció. Acaso será anterior á la entrada de las águilas romanas en aquel bello país, ó habrá existido en el largo período que medió entre Stesichoro de Hymera y Bion.



Don Francisco Martinez de la Rosa.

M. A. Scialoja.

La Italia, y mas particularmente la Italia napolitana, ha visto nacer la economía política. En 1502, Gasparo Scaruffi publicaba un discurso sobre la verdadera proporcion entre el oro y la plata, esto es, sobre una de las cuestiones fundamentales de la ciencia. La primera cátedra de economía política que haya sido creada en Europa, fué la que ilustró en Nápoles Genovesi. Despues de este gran nombre, la Italia cita con noble orgullo, los de Palmiari, Galiani y Filangieri, sus contemporáneos; los de sus sucesores Fuoco, Chitti, Amari, Luca, Marchese, Busacca, Mancini, Bianchi, y en fin el de Antonio Scialoja, encargado por el gobierno de Victor Manuel de seguir en Paris las negociaciones relativas al tratado de comercio franco-italiano.

Antonio Scialoja nació en 1817 en San Juan de Teduccio (arrabal de Nápoles). A veinte años era profesor en Nápoles y abogado del tribunal de apelacion. Sus primeras obras: *Principi della economia sociale, esposti in ordine ideologico*; *Industria e protezione*; *Sulla proprieta de' prodotti d'ingegno e sua pignorazione*..... causaron la mas viva impresion. El célebre Mohl, de Tubingue, señaló los méritos científicos del *Trattato*, que al instante fué traducido en francés por M. Devillers (1844) y en el año siguiente, Scialoja, fué llamado á ocupar la cátedra de economía política creada en la universidad de Turin.

Cuando la revolucion de 1848, Scialoja despues de haber rehusado las funciones de procurador del rey en Nápoles, entró en el gabinete de ministro de la Agricultura y el Comercio, desempeñando tambien despues interinamente el ramo de asuntos eclesiásticos. Destituído por la reaccion y habiendo quedado de simple diputado de Pozzuoli, la disolucion de la Cámara (12 de marzo de 1849) le obligó á volver á su doble profesion de abogado y catedrático. En mayo de 1850 le quitaron la autorizacion gubernamental para ejercer, y el 23 de setiembre fué preso bajo la prevencion de haber tomado parte en la jornada del 15 de mayo de 1848. Al cabo de tres años de encierro preventivo, y a pesar de que el ministerio público abandonó casi completamente la acusacion, Scialoja fué condenado á nueve años de reclusion por haber tenido noticia « de la existencia de una conspiracion y no haberla revelado. » La clemencia real se dignó conmutar esta pena en un destierro perpétuo. Scialoja volvió á Turin, profesó la economía política y el derecho comercial en la cátedra creada por el

turalizar piemontés, y recibió, por votacion unánime de la facultad de Derecho, el diploma de *dottore collegiato*, que le abria el acceso del foro. Distinguido por Cavour, aunque sin embargo habia combatido las ideas financieras de este hombre de Estado (*Brevi noti sulle tontine...*) elegido diputado por la ciudad de Moncalvo (1839), Scialoja ocupó varias veces la secretaria general de Hacienda, la de la Agricultura y Comercio, y en fin la de Instruccion pública. Como orador se distinguió por su claridad, su precision y su lógica.

Garibaldi, sin guardarle encono por su voto en la cuestion de Niza, le confió la cartera de Hacienda, que conservó poco tiempo, pues siguió en su retirada á Romano y á Pisanelli. Cuando la instalacion de la lugar-tenencia, volvió á los negocios como ministro de Hacienda, y continuó desempeñando este cargo hasta la llegada del principe Cariñan.

Scialoja figura en el centro del parlamento. Es un hombre de inteligencia notable y de

mucha moderacion política. Habla y escribe el francés con pureza, lo que podrian atestiguar los que le oyeron en el congreso económico de Bruselas.

A los escritos que hemos citado ya, añadiremos un crecido número de artículos en el diario de los señores Durini y Mancini (*Ore solitarie*), en el del señor Ferrara (*L'Economista*), y su trabajo comparativo sobre los presupuestos piemonteses y Nápoles, cuyo influjo ha sido considerable. — Scialoja es miembro de la sociedad de Economía política fundada en Turin bajo la inspiracion del conde de Cavour, y corresponsal de la sociedad de



Antonio Scialoja, miembro del Parlamento de Turin.

Economía política de Paris. Por último, es uno de los 60 caballeros condecorados con la orden del *Mérito civil*. D. O.

El general de Lorencez.

El comandante del cuerpo expedicionario enviado por la Francia á Méjico, M. Carlos Fernando La Trille, conde de Lorencez, nieto por su madre del mariscal Oudinot, duque de Reggio, cuenta, aunque joven todavia, treinta y un años de servicios efectivos, once campañas y dos heridas.

Capitan del tercer batallon de cazadores de Orleans (tiradores de Vincennes, cazadores de infantería) el 28 de octubre de 1840, se distinguió en la terrible accion empeñada el 7 de junio de 1842 contra los Beni-Menacer, por el comandante del tercer batallon, M. Bisson, comandante superior de Milianah. El capitan Lorencez, decia este oficial superior, « ha permanecido constantemente al extremo de la retaguardia, y con su hermoso ejemplo animaba á los soldados. »

En el sitio de Zaatcha mandaba un batallon de zuavos, que cuando el asalto fué colocado en la brecha de la derecha bajo las órdenes del coronel Canrobert. M. de Lorencez recibió una herida en este reñido combate.

Teniente coronel del 7º de linea, y luego coronel del 49º, M. de Lorencez hizo la campaña de Crimea en la brigada Lafont de Villiers. Su excelente conducta en el primer ataque de Malakoff le valió las charreteras de general (1855).

De vuelta en Francia, fué llamado al mando de la primera brigada de la tercera division de infantería del ejército de Paris, y luego al de la subdivision militar formada por los departamentos del Alto Saona y del Alto Marne; al mando de una brigada en el campo de Chalons, y por último, al del departamento del Moselle.

El conde de Lorencez es comandante de la Legion de Honor desde el 7 de julio de 1859; fué creado caballero el 30 de agosto de 1842, y oficial el 16 de junio de 1856. D. O.

Los tabacos de Argelia.

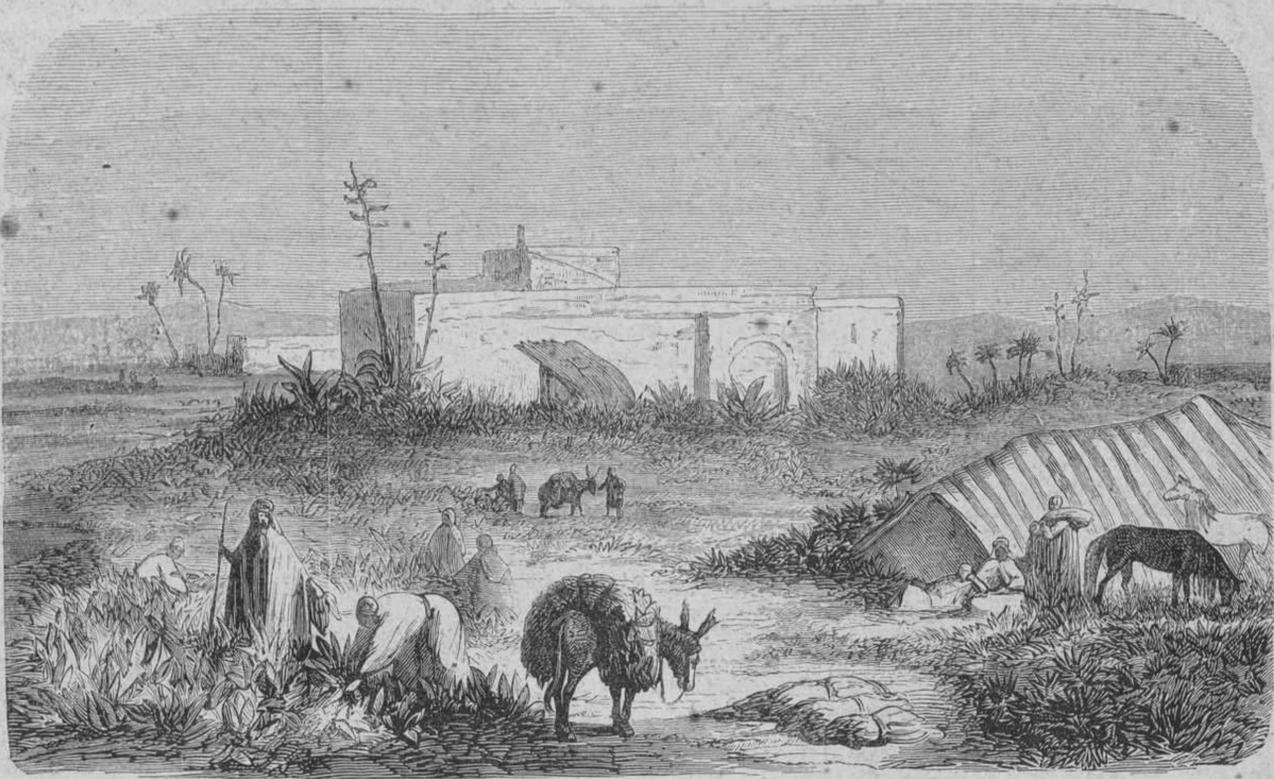
Los trastornos que ocurren en América han inspirado en Francia ciertos temores relativamente al abastecimiento de varios artículos cuyo uso se ha hecho indispensable, y que se producen poco ó nada en el territorio del imperio. Con este motivo se ha pensado en la Argelia, que debería dar muchos de esos productos que se traen de



El general de Lorencez, comandante de las tropas francesas de la expedicion de Méjico.

lejos, como el tabaco, cuyo cultivo se hace ya, aunque en pequeña escala.

La cantidad de tabaco que se consume se aumenta cada dia en una proporcion sensible. Hace algunos años se calculaba que se consumian anualmente sobre la superficie del globo mas de 255 millones de kilogramos. La Francia por su parte reclama 25 millones de kilogramos, y otras comarcas, como los Países Bajos, la Bélgica, la Alemania, la España y la Suiza, tienen proporcionalmente a su poblacion necesidades mas considerables todavia. Sin embargo, en Francia se produce tabaco, pero de calidad inferior, y apenas la mitad de lo que necesitan las manufacturas. Este tabaco se emplea principalmente para polvo ó para masticarlo, siendo muy poco conveniente



Recoleccion del tabaco en Argelia.

para la fabricacion de cigarrillos y menos aun para la confeccion de cigarros. Ahora bien, como el aumento del consumo solo se hace sentir sobre los productos destinados a ser fumados, la Francia tiene un gran interés en asegurarse recursos en este ramo, pues la venta del tabaco produce ya anualmente al Estado un beneficio de mas de 120 millones.

Los tabacos finos, como los de las Antillas y de Siria, vienen exclusivamente de los paisés calidos; por consiguiente era muy natural pensar en dotar a la Argelia de un cultivo tan importante, y los colonos se dedicaron a él desde 1840. Pero ya los indigenas cultivaban el tabaco, sobre todo en la frontera de Túnez, en las cercanias de Bona y en la llanura de la Mitidja, donde la tri-



Llegada de los tabacos al almacen de Hussein-Dey.



El peso.



La paga.

bu de los Uled-Chebel entregaba al comercio un producto excelente conocido con el nombre de *chebli*. Por desgracia los europeos demostraron en esta ocasion su desden ordinario hacia todo lo que proviene del arabe; no pensaron en aprovecharse de la experiencia adquirida por los habitantes de los douars, y tomaron en Francia las semillas que querian emplear, así como los instrumentos que necesitaban. No creemos que obraron con acierto. El cultivo del tabaco es uno de aquellos cuyas reglas son mas variables, y ante todo deben establecerse segun la naturaleza particular de cada terreno y sus condiciones atmosféricas. Habia que hacer muchas probaturas, y eran de esperar las decepciones. Recordaremos en algunas líneas las dificultades de este cultivo.

La semilla del tabaco es muy menuda, y para sembrarla es preciso mezclarla con arena ó con tierra á fin de obtener un millar de plantas por metro cuadrado. Una vez que estan fuertes los piés se trasplantan, operacion que puede hacerse en los meses de febrero á mayo. Cada hacendado debe hacer sus pruebas y fijarse la regla que le parezca mas ventajosa. La distancia que ha de mediar entre las plantas es variable tambien, y hay que arreglarse de modo que queden por hectarea de 20,000 á 40,000 plantas. Estas deben ser visitadas á menudo para quitar de ellas los insectos y para recibir á tiempo la ayuda de la escardadura y del riego. Se desmocha generalmente el tabaco cuando tiene un metro de altura, y no se deja á la planta mas que cierto número de hojas. En la época en que sazona, la cosecha se practica de diversos modos: unos cogen las hojas una por una á medida que se ponen á punto, y otros cortan la planta entera así que se vuelve amarillenta.

Esta recoleccion tiene lugar de junio á octubre. El tabaco cortado debe ponerse á secar; luego sufre diferentes preparaciones, y por fin atan las hojas una sobre otra en manojos de treinta á cincuenta, que se embalan por cantidades que pesan de cincuenta á sesenta kilogramos.

No solamente el cultivo del tabaco exige mucha atencion, sino que el precio de este artículo es muy variable entre las cifras extremas de 30 y 300 francos los 100 kilogramos, sin que entren en este precio las calidades excepcionales de la Habana. La administracion habia fijado, no se sabe por qué, en 140 francos los 100 kilogramos, el precio máximo que podia acordar á los tabacos de Africa, fuese cual quisiera su calidad, y sin embargo sus iguales del Levante se pagan 200 francos y mas.

A pesar de todas estas dificultades, los colonos argelinos habian llegado á producir mas de 3 millones de kilogramos en 1854 y cerca de 5 millones en 1858. Habian adoptado la especie llamada *filipina*, porque á su juicio es la que produce con mas seguridad las cantidades mas considerables; pero entonces sobrevino uno de esos accidentes que por desgracia no son raros en medio de las empresas argelinas, y contra los cuales no pueden luchar la mayor parte de los colonos. El Estado posee en Argelia cinco almacenes destinados á recibir los tabacos del país, instalados en Oran, en Mostaganem, en Bona, en Philippeville y en Hussein-Dey, cerca de Argel. Este último recibe las tres cuartas partes del tabaco comprado por la administracion en toda la Argelia, sin que se hubiera organizado para semejante fin. Hecho para contener 2 millones de kilogramos, aceptó sin embargo 4 millones despues de la cosecha de 1858, y á causa de esta aglomeracion, los tabacos que salieron del depósito de Hussein-Dey para entrar en las manufacturas dejaron mucho que desear en cuanto á su calidad, y se hizo cargar con la responsabilidad de las averias á los colonos. El año siguiente fué desastroso para los productores de tabaco; la mayor parte de ellos no pudieron sacar sus gastos, y los cultivos de 1860 se resintieron mucho de ello. Finalmente, en 1861 se tomaron disposiciones mas acertadas, y hoy la produccion del tabaco tiende de nuevo á desarrollarse. En 25 de diciembre último las cantidades recibidas se elevaban á 1.857.579 kilogramos, que se pagaron por término medio á 83 francos los 100 kilogramos.

Por una decision reciente del ministro de Hacienda, se ha mandado que se compren en Argelia 6 millones de kilogramos de tabaco en rama procedente de la cosecha de 1862 á los siguientes precios:

1ª calidad.	150 fr. en vez de 140 fr.
2ª id.	120 fr.
3ª id.	90 fr.

Últimas calidades de 30 á 60 fr.

Los precios de las tres primeras calidades serán aplicados á los tabacos finos, ligeros y combustibles, conformes ó equivalentes á los tipos presentados por la administracion. Estos últimos se han compuesto con tabacos de la especie *chebli*, procedentes de las entregas hechas por los productores europeos; tienen mucha finura y ligereza, pero no son aun suficientemente combustibles.

El tabaco argelino se emplea con buen éxito para la fabricacion del tabaco picado y la de los cigarros; desde que se trabaja en las manufacturas, ha crecido la boga de los cigarros de cinco céntimos.

Los indígenas venden igualmente á la administracion una parte de sus tabacos, pero abastecen sobre todo el consumo local, y hacen envios á Marruecos y á la regencia de Túnez. Debemos decir sin embargo que muchas tribus tienen aun por este cultivo una especie de repugnancia religiosa, y ciertos morabitos se han pronunciado en diferentes épocas contra la nueva produccion. Sobre este punto se cuentan muchas anécdotas curiosas. Para concluir diremos que en Argelia la venta del

tabaco es libre, y por esta razon hay muchas tiendas donde se expende este artículo, y algunas fabricas de cigarros en las cuales se distinguen las mujeres españolas por su aptitud especial en este ramo de industria.

F. H.

Un año de matrimonio,

POR EMILIA CARLEN.

(Continuacion.)

— Hé aquí, Lavinia, el amigo que os he anunciado; permitidme que no insista en recomendarle; vos misma juzgareis si su presencia anima ó entristece el Rosenberg, y os invito á explorar el campo de sus méritos.

— Temo, dijo el conde inclinándose, hacer á mi llegada el papel poco cortés de consejero; pero mi conciencia me obliga á prevenir á esta señora que la invitais á una exploracion poco fructuosa, pues mis méritos son difíciles de descubrir, caso de que los tenga.

— Entonces me concederéis que el mérito mio será doble, dijo la jóven sonriendo; podré aspirar á la gratitud de mi esposo por haberle obedecido, y á toda vuestra admiracion por haberme consagrado valerosamente á una tarea reconocida difícil.

— En ese caso os deseo, señora, mucha suerte y mucho valor.

Sin embargo, el tiempo trascurria, y Lavinia, teniendo que dar muchas órdenes para la recepcion de su huésped, no pudo aquel dia descubrir mas, sino que el conde perdía mucho al lado de su marido. Era la primera vez que tenia ocasion de comparar á Hermann con otro hombre, y entrada en esa via, se complacia en ella de tal modo, que á veces hasta olvidaba sus deberes de ama de casa.

Difícil seria decir si el coronel notó el interés de ella en examinarle; pero es seguro que jamás se habia mostrado tan animada, tan alegre en la conversacion y tan amable; la hora de retirarse llegó sin que ella hubiese notado que se acercaba.

— ¿Qué te ha parecido mi señora? preguntó el coronel á su amigo al acompañarle á su cuarto.

— ¿Deseas un cumplido ó una respuesta sincera?

— Quiero una respuesta sincera, pues bien sabes que yo hago mucho caso de tu opinion.

— No he visto en mi vida una mujer tan hermosa ni tan admirable por todos conceptos; nunca he visto una belleza que me hiciera presumir mejor lo que debía ser la Venus de los griegos; sin embargo, no me agrada.

— ¿De veras? exclamó el coronel estupefacto y olvidando la modestia que le imponia su título de marido.

— Ya sabes, Hermann, lo que yo prefiero á todo; la naturalidad; y en tu esposa no veo nada que no sea estudiado; nada es espontaneo en ella... Debes tener presente que á tus instancias me expreso con esta franqueza.

— Franqueza que no me ofende; pero dime en qué te fundas; sé que jamás formas juicios ligeros.

— Hay sin embargo cierta ligereza en formarse una opinion al cabo de algunas horas de conocimiento; pero el motivo de mi fallo esta en su conducta respecto de tí. Diríase que tu presencia la quita toda libertad, que quiere ocultar el placer que la causan tus atenciones y la admiracion que la inspiran tus palabras. Si tu mirada encuentra la suya, se sonroja como una colegiala sorprendida infraganti; en fin, para hablar claro y sin rodeos, ese género de coqueteria, disculpable apenas en una jóven soltera, me parece en una mujer casada inexplicable y pueril.

Mientras hablaba el conde, una confusion evidente se apoderaba del coronel, y cuando hubo concluido, Hermann preguntó con una voz muy suave que no era natural:

— ¿Estás seguro, Adriano, de haber observado todo eso?

— Tan seguro como lo estoy de otra cosa.

— ¿De qué?

— De que estás enamorado, locamente enamorado, amigo mio.

— ¡Yo enamorado! Me agrada la broma; ¿ignoras, mi querido Adriano, que figuro entre los invencibles?

— Lo he creído hasta hoy, pero actualmente tengo la opinion contraria; te encuentro enamorado hasta la locura. Es inútil que lo niegues, conozco muy bien los síntomas de esa enfermedad, y veo que has llegado al último período. Pero á fe mia, ¿qué vergüenza puede haber en amar á una mujer tan hermosa que para mí, hombre gastado, no tiene mas que un defecto, hijo sin duda de su deseo de agradarte?

— Otro error. La timidez que has notado en Lavinia es precisamente lo mas natural que hay en ella, en sus relaciones conmigo, en tanto que lo que tú has querido descubrir en sus ojos no es mas que una limosna de su corazon, y de ninguna manera el testimonio de un sentimiento profundo.

— ¡Imposible! exclamó el conde sorprendido.

— Es verdad sin embargo, repuso el coronel con cierta impaciencia. ¿Qué tiene de extraño pues? ¿Las personas no pueden ser felices sin amor? Se estiman mutuamente, se hacen compañía y se contentan con esto, á menos que vuestros amigos no se tomen el trabajo de haceros observar que todo no es mas que apariencias.

— Mi querido Hermann, no es verdad todo lo que dices; no eres dichoso; tú no te contentas con eso, y en

razon á tu carácter que conozco muy bien, semejante broma me parece lúgubre; hablame formalmente, veo que estas padeciendo.

— Eres un observador ingenioso y debes permanecer largo tiempo aquí, dos cosas que me hacen presagiar que no tardaras mucho en descubrir nuestra situacion; por lo cual, y como eres mi amigo y hombre delicado y discreto, prefiero confíartelo todo. La union que existe entre Lavinia y yo es muy singular, ó por mejor decir, no es mas que de fórmula y transitoria; no estamos casados sino ante la ley.

— ¿Has perdido el juicio?

— Disfruto de toda mi sensatez. ¿Comprendes ahora cómo la conducta de Lavinia es conmigo todo lo que puede ser, dada una posicion tan falsa entre nosotros?

— Si es cierto lo que dices, debo confesar que saca partido de esa situacion con un tacto y una dignidad que merecen muchas alabanzas. Pero ¿quieres permitirme una pregunta?

— No, ya lo he dicho todo y no respondo á nada mas; el motivo de esta situacion anómala debe permanecer secreto para todo el mundo: nunca mas hablemos de esto; pero ya que sabes ahora lo que sucede, hazla justicia, no podría soportar que tú fueras injusto con ella.

— Una palabra, amigo mio: ¿quién de vosotros dos tiene la culpa?

— Ninguno ó los dos, como tú quieras; tenemos que obrar así, no nos amamos.

— Permíteme que lo dude; pero yo guardo para mí este parecer, y no soy bastante loco para tratar de intervenir en el asunto; á vosotros os toca probar.

— ¡Oh! exclamó el coronel levantándose para despedirse de su amigo, no me queda tiempo para nada.

Pero entrado en su cuarto, el curso de sus ideas le volvió á llevar al instante en que el sargento llegó tan mal á propósito anunciando al conde, y recordó todo lo que habia pasado entonces entre los dos; siempre su memoria le trazaba la misma imagen, siempre resonaban las mismas palabras en su oido. Creia estar oyendo el acento turbado y suplicante con que Lavinia le decia que aquella carta era una humillacion para ella, y no queria que nunca la leyese.

— ¿Porqué no querra que la lea? En su voz habia alguna cosa que ordenaba la confianza; pero ¿quién vacila tanto en confiar una cosa humillante á las personas no amadas ó indiferentes?

El coronel no podia responderse á esta pregunta, pues al reparar toda su vida en su memoria, no encontraba en ella nada que le hubiese humillado, ó que hubiese titubeado en confiar á otro.

Entonces trató de imaginar algunas circunstancias, algunas situaciones humillantes en las cuales arrastran á los hombres sucesos independientes de su voluntad. ¡Inútil trabajo! Lavinia era la última persona en el mundo á quien él hubiese podido suponer mezclada en tales sucesos: la pureza de su corazon, la elevacion de su carácter, excluian toda sospecha.

Hermann renunció al enigma, es decir, trató de hacerlo; pero una fuerza invencible le impelia siempre á combinar nuevas explicaciones en las que se perdía mas y mas.

— ¿Estoy loco ó me hallo en mi sano juicio? se preguntó por fin, queriendo apartar de su mente todas las quimeras que le poseian y le agitaban en su lecho. ¿Si me habra trastornado la cabeza mi amigo Adriano con sus malditas insinuaciones? Yo, yo... ¡al cabo de tres meses!... ¡Oh! no, seria pura demencia; ya es bastante locura el haber llegado hasta el punto de dirigirme tal pregunta á mí mismo, cuando dentro de nueve meses... « ¡Hermann, esa carta es una humillacion para mí! » ¿Cómo? ¿otra vez esas palabras?... ¡Qué calor hace aquí!... Me ahogo... Vaya una idea, ponerme cuatro mantas... estoy tomando un baño de vapor; pero no; no hay mas de una manta... Adriano es poeta y ve novelas por todas partes... con un poco de sensatez nadie se arroja en tales redes... « ¡No quiero que la leais! » ¡Ah! ¡qué miserable flaqueza! me avergüenzo. Desearia saber cuanto tiempo voy á repetir esa frase... Creo que tengo algo de fiebre... y no hay una gota de agua en este cuarto!...

XV.

Estaban á punto de dar las diez cuando el coronel, que se habia despertado tarde, entró en el comedor donde llegaba decidido á no volver á tratar de lo que habia ocurrido la vispera, y á considerar que no habia tenido lugar tal conversacion.

Lavinia estaba de pié delante de la mesa sirviendo una taza de café al conde Adriano, sentado enfrente.

— Os veo buenos amigos ya, dijo el coronel con una sonrisa.

Y estas palabras parecieron costarle un esfuerzo, pues al verla así, Hermann pensaba en una época bien próxima en que Lavinia enteramente libre viviria sola rodeada de admiradores y de amigos, y muy lejos de él.

Lavinia le comprendió mal; creyó que se mostraba descontento porque no le habia esperado para sentarse á la mesa, y dijo como disculpándose:

— Si hubiérais visto al conde Adriano, amigo mio, habriais comprendido que sin cometer un crimen de lesa hospitalidad, me era imposible dejarle mas tiempo en ayunas, y sin entretener su paciencia con una taza de café. Tres veces ha estado á punto de bostezar.

— La acusacion no es ni generosa ni justa por parte de esta señora, dijo el conde riendo, pues mi cortesía me ha hecho triunfar de las traiciones del hambre, y espe-

raba que se me tuviera en cuenta en vuestra buena opinión.

El coronel se fué á la ventana sonriendo; habia nevado toda la noche, y el campo ofrecia un espectáculo soberbio.

— ¿Queréis, preguntó Hermann, que aprovechemos la nieve que nos ha enviado la Providencia probando hoy el trineo que he recibido de Estokolmo?

— Muchas gracias, respondió Adriano; ¡qué diablo de hombre este! Hace tres días que me estais remolcando para traerme aquí, tres días que ando recorriendo la campiña, y apenas he llegado me ofreceis para descansar un paseo por vuestros malditos caminos. Señora, interceded en mi favor. Me gusta mucho la nieve, pero es cuando la veo desde la ventana, sentado cerca de una buena lumbre y con Shakespeare ó Schiller por compañeros. Pido por todo el día la hospitalidad de ese sofá y la compañía de esa hermosa lumbre.

— Se os concedera lo que pedis, repuso la jóven sonriendo, si Hermann quiere aceptarme en vuestro lugar para su proyectada excursion sobre la nieve.

— ¿De veras, Lavinia? preguntó el coronel estasiado.

— Bajo la condicion de que tomaremos el trineo viejo y no el nuevo, para que vengan las niñas con nosotros. No les hara daño y se pondran muy contentas.

— Mi querida Lavinia, se hara lo que queráis.

— Henos aquí en la buena luna, dijo Teresa al sargento comunicandole la orden de hacer disponer el trineo, y como la luna comienza... Bueno, bueno, lo que ven los ojos, la lengua...

— Supongo que no teneis frio, Lavinia, decia el coronel á su jóven esposa cuando hubieron salido, recogiendo el pañuelo sobre sus hermosos hombros; pero el pañuelo no se queria tener, y fué preciso arreglarle nuevamente.

— Estoy muy bien. Mirad, Hermann, ¡qué efecto tan espléndido el de esas rocas que se destacan sobre la blanca nieve! Desearia que hubiese llegado el verano; esto debe ser un paraíso.

— No sé si me gusta menos en invierno; jamás me ha parecido tan hermoso como hoy. Pero es verdad que nadie puede decir si el sentimiento que á uno le penetra delante de la naturaleza proviene de su corazón ó de lo que esta contemplando. Tal aspecto que nunca hirió vuestra mirada, ahora os encanta de repente, porque se reviste de una hermosura que le comunica vuestra emocion; por esto es tan raro que dos personas perciban la belleza del mismo modo, pues sus corazones rara vez se encuentran bajo el dominio de emociones idénticas. Sin embargo, debéis confesar que tarda uno en cansarse de un espectáculo tan bello.

— Por mi parte, lejos de cansarme, me propongo contemplarle lo mas á menudo que pueda. Pero ¿no nos alejamos mucho de casa?

— No hace una hora que hemos salido.

— Si, pero necesitamos otra hora para volver, y es bastante rato consagrado al placer, sobre todo una víspera de Navidad, cuando un ama de casa tiene tantos quehaceres.

— Teneis razon; esta noche principia Navidad; muchas he festejado en Rosenborg; ¿cómo la celebraré el año que viene?

Y suspiró, mientras Lavinia volvia la cabeza un tanto cortada.

— Disimuladme, dijo Hermann; pero ya sabeis que siempre sucede así; en el momento en que se acaba un año, cuenta uno los bienes y los males que le ha traído, y piensa en los que le traera el año venidero.

— Es verdad, el pasado y el porvenir tienen casi siempre mas parte en nuestros pensamientos que el presente.

— Os engañais, Lavinia; hay instantes en que uno desearia que toda su vida se resumiera en el momento actual.

— Sin embargo, el presente no es nada, pues el minuto que acaba de trascurrir es ya lo pasado, y el que llega es lo porvenir.

— ¡Si todos pudieran parecerse á estos! pensaba el coronel.

Aquella noche mil corrillos brillaban en las ramas del árbol de Navidad dispuesto en el salon, y las niñas, locas de júbilo, corrian de su padre á su madre, y de esta al conde Adriano, para señalarles los bonitos juguetes que codiciaban, y que sus manos impacientes trataban de arrancar de las ramas frescas del abeto.

— ¡Alabado sea Dios! al menos una vez habré visto á mis niñas risueñas y contentas como lo estan todas las de su edad, gracias á vos, Lavinia.

La jóven se sonrió y dejó tomar la mano que apoyaba en el árbol de Navidad, á fin de coger un racimito de uvas para Carlota.

El coronel la estrechó en una de las suyas, luego en las dos, y parecia no poder decidirse á soltarla.

— ¡Qué hermosas estan mis niñas! Decidme, ¿qué hada habeis evocado para transformarlas así?

— ¡Oh! las mujeres tenemos una varita de virtudes con la cual hacemos siempre todo lo que se nos antoja. Los hombres no conoceis los secretos de la hermosura y nosotros sí. Estas pobres niñas nunca estaban vestidas con gusto; ahora os parecen bonitas, y me prometo que en adelante siempre las vereis del mismo modo; haremos de ellas unas jóvenes encantadoras.

Así habia pasado la Nochebuena apacible, alegre y animada; pero ya el día siguiente las nubes se amontonaron sobre la casa del coronel, y la desgracia que nunca le habia parecido tan lejos de él, le amenazó repentinamente.

En la tarde Carlota se quejó de dolor de cabeza, y muy luego una fuerte calentura hizo que la llevaran á

la cama. Desde aquel instante todos los pensamientos del coronel fueron para su hija. El mal, lejos de ceder durante la noche que Hermann y Lavinia pasaron juntos á su cabecera, se agravó de tal modo que el médico, que vino á la otra mañana, declaró que era una fiebre escarlatina de las mas terribles.

Lavinia consagró desde entonces todo su tiempo y toda su atencion á la enfermita y á su hermana; pero su celo fué inútil: á Evelina se le pegó la enfermedad, y tuvieron que reunir á las dos niñas en el mismo cuarto para prodigarlas los cuidados convenientes.

El coronel no salia del aposento de sus niñas; sombrío y triste, con los brazos cruzados sobre el pecho, iba de una á otra, encontrando siempre en las dos nuevos motivos de desconsuelo. Lavinia comprendia muy bien aquel dolor silencioso, y sabia que en aquel instante todos sus pensamientos eran para sus hijas, y que cuanto no eran ellas le incomodaba ó le era indiferente. La jóven era demasiado generosa para criticar aquel egoismo paterno, y por esto no se ofendió ni con las órdenes imperiosas que la daba constantemente, ni con sus señales de impaciencia cuando no la hallaba dispuesta á ejecutar al punto las prescripciones del médico. Sin embargo, habria preferido que notara él todo lo que ella hacia, que viese que estaba á su lado de día y de noche, para que en este caso su gratitud pudiese distraerle de sus incesantes preocupaciones.

Pero él tampoco salia del cuarto, y cuando Lavinia le suplicaba que tomara un poco de descanso, respondia siempre con impaciencia que no queria abandonar á sus hijas. Con ellas se mostraba incansable para todo; Lavinia ignoraba que se hallaba profundamente triste por haber estado separado de sus hijas los últimos meses que habria podido pasar á su lado, por lo cual sentia un secreto y vago encono contra Lavinia, á quien acusaba de haberle obligado á dejar su casa, olvidando que el motivo de su viaje no fué el enojo, sino el acoso de celos á que se habia entregado. Hé ahí porqué no observaba lo que llamaba la atencion de todo el mundo, esto es, que las mejillas de la jóven palidecian mas cada vez, y que el exceso del cansancio la abatia sobremanera.

Por fin Teresa, que lo notaba todo, acabó por comprender que la jóven llegaba á lo último de sus fuerzas; la aconsejó que descansara vanamente, y entonces se decidió á decir un día de modo que lo oyera el coronel:

— Parece que la señora quiere matarse; sin embargo, facilmente se advierte que ya no puede tenerse en pie.

Hermann, que estaba á la ventana, se volvió con presteza y miró á su mujer que tenia en sus brazos á Carlota; por primera vez notó cuán palida y abatida estaba. Atravesó el cuarto, y apoyándose en la silla que ocupaba Lavinia, la dijo á media voz:

— A fuerza de pensar en mis hijas os he olvidado; perdonadme mi egoismo; dadme la niña, es preciso que vayais á descansar.

La jóven se levantó, pues en el acento de Hermann habia conocido que queria ser obedecido; aquella voz estaba conmovida pero no era tierna: si habia hecho justicia á sus esfuerzos, no habia llegado aun el momento del enternecimiento y de la gratitud.

— Y en efecto, se dijo Lavinia desalentada, ¿qué soy yo para él? menos que una extraña; si sus hijas se mueren, ni siquiera tendra necesidad de mi.

Se retiró al gabinete contiguo á su cuarto y se extendió en un sofá para tratar de dormir, pero su agitacion ahuyentaba el sueño, y al cabo se levantó y se fué al salon para ver si encontraba al conde Adriano, que ya habia aprendido á conocer, y con el cual habria querido entablar conversacion en aquel instante.

Desde que las niñas habian caído enfermas le veia muy poco; pero nunca le habia dirigido la palabra sin que ella se sintiese tranquilizada y animada: habia en todas sus maneras una gravedad cordial que interesaba á la jóven, y una especie de serenidad inagotable que la calmaba siempre. En los raros momentos en que pudiendo salir del cuarto de las niñas, habia deseado tomar un poco el aire, él la habia acompañado á pie ó en coche, y en las conversaciones que entonces habian tenido, Lavinia habia podido apreciar la delicadeza de su inteligencia y el ardor de sus sentimientos.

Al entrar en el salon encontró al conde que escribía sentado á una mesa.

Su trabajo le absorbía sin duda, pues no la oyó sino cuando estuvo muy cerca, y entonces levantándose prontamente, metió en un cartapacio su manuscrito.

— Sorprendo al señor conde en una ocupacion muy agradable, dijo la jóven sonriendo, y la discrecion habria exigido quizá que yo me retirase; pero confieso que necesito alguna distraccion, y que he venido á suplicaros que me la proporcioneis, pues estoy cansada de cuerpo y de espíritu, y no habiendo podido dormir, lo que habria sido el remedio mejor, me dirijo á vos como á un médico inteligente, y os pido una consulta moral.

— Ante todo sentaos en este sillón, contestó el conde arrastrando una butaca delante de la chimenea, y permitidme que os ofrezca en consulta la lectura de vuestro autor favorito, Stagnelius, que tengo aquí á la mano.

— ¡Oh! Soy una enferma un poco caprichosa que quiere elegir sus remedios. Me gusta mucho Stagnelius, pero jamas me he encontrado menos dispuesta á oírle que ahora; para eso se necesita una libertad de espíritu que yo no tengo.

— Si sabeis un remedio eficaz, proponédmele.

— No sé ninguno; pero si me fuese permitido formar un deseo, no vacilaria en manifestaros el de conocer algo del manuscrito en que trabajabais al enfriar yo.

— Dudo, repuso el conde sonrojándose, que nada de lo que contiene pueda ni siquiera distraeros.

— ¡Quién sabe! Quizá posee alguna virtud que vos no conocéis. ¿Es una traduccion?

— Peor que eso, respondió el conde con una sonrisa; quizá ignorais que tengo mis pretensiones de poeta.

— No lo ignoro; ¿pero seria imposible leer vuestros versos?

— Al contrario, es mucho honor para su autor; sin embargo, podeis salir chasqueada si los tomais como remedio.

— Veamos pues.

— Siempre los autores ponen un prólogo á sus obras; permitidme pues que os improvise el mio, dijo el conde Adriano yendo á buscar sus papeles.

Pero antes de que los hubiese tomado, la puerta se abrió y apareció el coronel.

— ¿Descansais mejor aquí que en vuestro cuarto? preguntó á Lavinia con un descontento evidente.

Sin cambiar de actitud, la jóven respondió con voz serena:

— Tengo el cuerpo menos cansado que el espíritu, y el conde tenia la bondad de ofrecerme una lectura.

— Si es así, no quiero incomodaros, me retiro.

Y salió.

Lavinia se levantó á medias no sabiendo qué hacer, si debia permanecer allí ó seguir á su esposo; echó una mirada al conde, quien con un suspiro sofocado recogia ya su manuscrito.

— ¡Pobre Hermann! exclamó con un tono conciliador; cuán desgraciado se hace.... si se me permitiera dar un consejo...

— ¿Qué diriais? preguntó la jóven con presteza.

— ¡Dios mio! Os pediria que fuérais á tranquilizarle. El coronel os agradeceria muchísimo esa atencion...

— Gracias, señor conde, contestó Lavinia alargándole una mano; vuestro consejo es bueno y será seguido.

Dejó el salon y fué á ver al coronel que estaba ya en el cuarto de las niñas, apoyando en una de las manos su rostro de una palidez inusitada.

— Aquí estoy, Hermann, ya he descansado; ¿qué puedo hacer por vos?

Y dijo estas palabras con una animacion tan afectuosa, que el coronel desarmado tomó su mano.

— Perdonadme, Lavinia, perdonadme que sea como soy. No puedo remediarlo; padezco, y eso me hace injusto.

— No sois injusto, pero teneis un carácter muy irascible.

— Las dos cosas, querida Lavinia; ¡si supierais en qué pensaba cuando habeis entrado! Me estaba diciendo: Si ella fuera su madre, no las habria abandonado de ese modo para ir á charlar con un extraño y para.... Ya veis que era injusto, Lavinia.

— Si, un poco, respondió la jóven sonriendo, y por dos motivos, el primero porque dudabais de mi afecto, y el segundo porque llamais un extraño á vuestro mejor amigo el conde Adriano, que tan bien se conduce con nosotros dos; pero me buscabais; ¿necesitais algo de mi?

— ¡Oh! No; queria saber únicamente si dormiais, lo que habria celebrado en verdad, y como no os hallé en vuestro cuarto fui al salon, donde os suplico que volvais, pues en otro caso creeré que estais ofendida.

— Pues yo os pido como prenda de reconciliación, que me permitais estar aquí.

Vencido por el tono amable de la jóven, contestó:

— Quedaos, con la condicion de que no velareis esta noche; en esto quiero ser obedecido.

Y mientras la nieve caia fuera, mientras el viento gemia en las ramas despojadas de sus hojas, el coronel velaba y oraba con el corazón desgarrado de dolor, hasta que de las purísimas regiones del firmamento bajó un mensajero celeste que se llevó las inocentes almas de las dos hermanitas.

XVI.

Dos meses han trascurrido desde los últimos días de la enfermedad de las niñas; dos meses hacia que las hijas del coronel descansaban al lado de su madre, y sin embargo, el corazón del padre habia permanecido vacío y triste. Habia recobrado sus costumbres, iba y venia como antes, pero su alma estaba turbada por un dolor que no queria calmarse. Este nuevo luto no se asemejaba en nada al de su mujer: como nunca habia amado á Carlota, no habia sentido al perderla mas que el remordimiento de no haberla hecho feliz. Se habia casado con ella para obedecer á un deseo de su padre; esta union habia sido convenida entre las familias muchos años antes de que se efectuara, y no teniendo cariño á ninguna mujer, la habia aceptado con una especie de indiferencia; pero si nunca supo lo que era amor al lado de su difunta esposa, en cambio el primer beso que dió á sus hijas al nacer le reveló la ternura paterna, y si la madre hubiese vivido, no hay duda que sus relaciones con ella habrian cambiado por amor á sus hijas.

Durante su vida las habia querido con un amor casi materno; ellas le habian inspirado sus mejores sentimientos, habian despertado en él el deseo de una vida dichosa, y su muerte le habia arrebatado á un tiempo toda su felicidad, con sus mejores esperanzas y sus mas puras aspiraciones. Engañado en su anhelo de ventura conyugal habia podido imaginarse hasta entonces una existencia tranquila al lado de sus hijas; veíase en la ancianidad, teniendo siempre inclinadas sobre él aquellas dos cabezas juveniles, y alegrándose con su propia

alegría. Ahora estaba solo, no sostendría á nadie en la vida, y nadie le abriría á él las puertas del sepulcro.

A veces, cuando todos estos pensamientos se apoderaban de su espíritu, Lavinia le aparecía vagamente como una bienhechora, iniciándole en una existencia rejuvenecida é intensa; pero él escuchaba este sueño como una ilusión engañosa. Lo que había sido propuesto y decidido tenía que cumplirse; la palabra dada era sagrada, aun cuando debiera despedazarse el corazón con su cumplimiento. En medio de la turbación de su alma, se decía que en aquellos cortos instantes en que se había creído dichoso antes de la muerte de sus hijas, había sido el juguete de un sueño, y se indignaba de que ese sueño ocupara un puesto tan grande en su memoria.

Lavinia, aquella mujer de mármol y de hielo, ¿había deseado jamás otra cosa que la separación? No, no; dudarle era aceptar una ilusión, acoger una mentira.

Por esto hacia dos meses que Lavinia no había visto fijarse en ella aquella mirada que á veces la había turbado tan profundamente, y que sin embargo prefería á la urbanidad glacial que la había reemplazado hacia algún tiempo. Hermann no la dejaba traslucir nada de su honda pena; una vez pasados los primeros días, ya no habló más de sus hijas; dolor que había penetrado en su corazón, no se exhalaba en palabras.

Salía a cazar más á menudo que antes y pasaba el resto de su tiempo encerrado en su cuarto. A Lavinia le llegaban al alma todas estas muestras de frialdad; pero ella no se paraba tampoco en examinar atentamente sus propias maneras, y así había vuelto á la indiferencia de los primeros tiempos, á sus modales fríos, reservados, casi altaneros. Por fin, los últimos lazos que los reunían se habrían roto, si el conde Adriano, observador atento y buen amigo, no hubiese tratado constantemente de establecer la armonía entre aquellos corazones que cada día se apartaban más y más uno de otro, pues comprendía que á despecho de todas las apariencias y á pesar de todas las frialdades de la superficie, había en el fondo de ellos alguna cosa que se atraía recíprocamente, y que debía acabar por unirse.

Pero el conde debía partir; había prometido ir á pasar algún tiempo á casa de unos parientes, y después tenía ocupación hasta el fin del estío.

— Si eres mi amigo, te suplico que no te vayas, que permanezcas aquí algún tiempo más, le dijo el coronel, á quien acababa de comunicar sus proyectos.

— Imposible, he prometido estar en Kleves dentro de dos días.

— Es un pretexto; tú mismo sabes lo que valen esos compromisos, pero te comprendo, te aburres aquí y deseas marcharte.

— Hermann, ¿y si fuese lo contrario, qué dirías? preguntó el conde después de haber vacilado un instante.

— ¡Lo contrario! repitió el coronel poniéndose muy pálido; no te entiendo.

— Digo si lo fuera, nada más, ¿tratarías pues de detenerme?

— ¿Habrias empleado tan bien el tiempo que?...

— La voz del coronel temblaba tanto, que tuvo que interrumpirse.

— Hermann, detente y piensa en lo que vas á decir, exclamó el conde, que casi palideció tanto como su amigo. ¿Soy ó no soy un hombre de honor? ¿Tienes bas-

tante calma para recordar que no soy hombre que soporte ciertas desconfianzas, y que el día que tú las manifiestes nuestra amistad quedará concluida?

— Pero ella, ella, ¿lo ha adivinado? ¡Oh! Si ella lo sabe, si aquí, en mi casa, y cuando lleva mi nombre todavía ha podido olvidar...

— ¿Estas loco? ¿Adivinar? ¿Qué? preguntó el conde cambiando súbitamente de tono. No la dejes jamás suponer que semejante idea ha podido cruzar por tu mente, pues entonces desde ahora te afirmo que nunca conquistarás un corazón como el suyo.

en Ruan, aunque no existen pruebas bien positivas en apoyo de esta tradición. Sin embargo, el abate Quin Lacroix dice, en una Historia reciente de la iglesia de Saint-Maclou, que en 1842 se encontró, entre los antiguos papeles de la biblioteca curial, un recibo firmado por Juan Goujon, donde este grande artista menciona su trabajo en las puertas de la iglesia; pero á esto debemos decir que el mencionado documento que pondría fin á todas las dudas, no ha sido comunicado al público. Sea como quiera, los historiadores de Ruan parecen considerar como un hecho incontestable que las puertas de Saint-Maclou no existían antes de 1527, puesto que entonces se pidió á los fieles para comprar las maderas que habían de entrar en su construcción, y que se hallaban construidas en 1560, época en que fabricaron un magnífico estuche de cuero para encerrar en él una llave digna de esas obras maestras. Ahora bien, es seguro que Juan Goujon trabajaba por aquel tiempo en la iglesia de Saint-Maclou, principalmente en las pinturas y en las dos columnas del órgano, obra del siglo XV, terminada ó restaurada en el siguiente, y que recibió en pago « 137 libras 15 sueldos, *inclusos 5 sueldos para su vino*, » según se lee en el *Album rouennais, édifices remarquables de la ville de Rouen*, por M. Richard, conservador de los archivos municipales, etc.

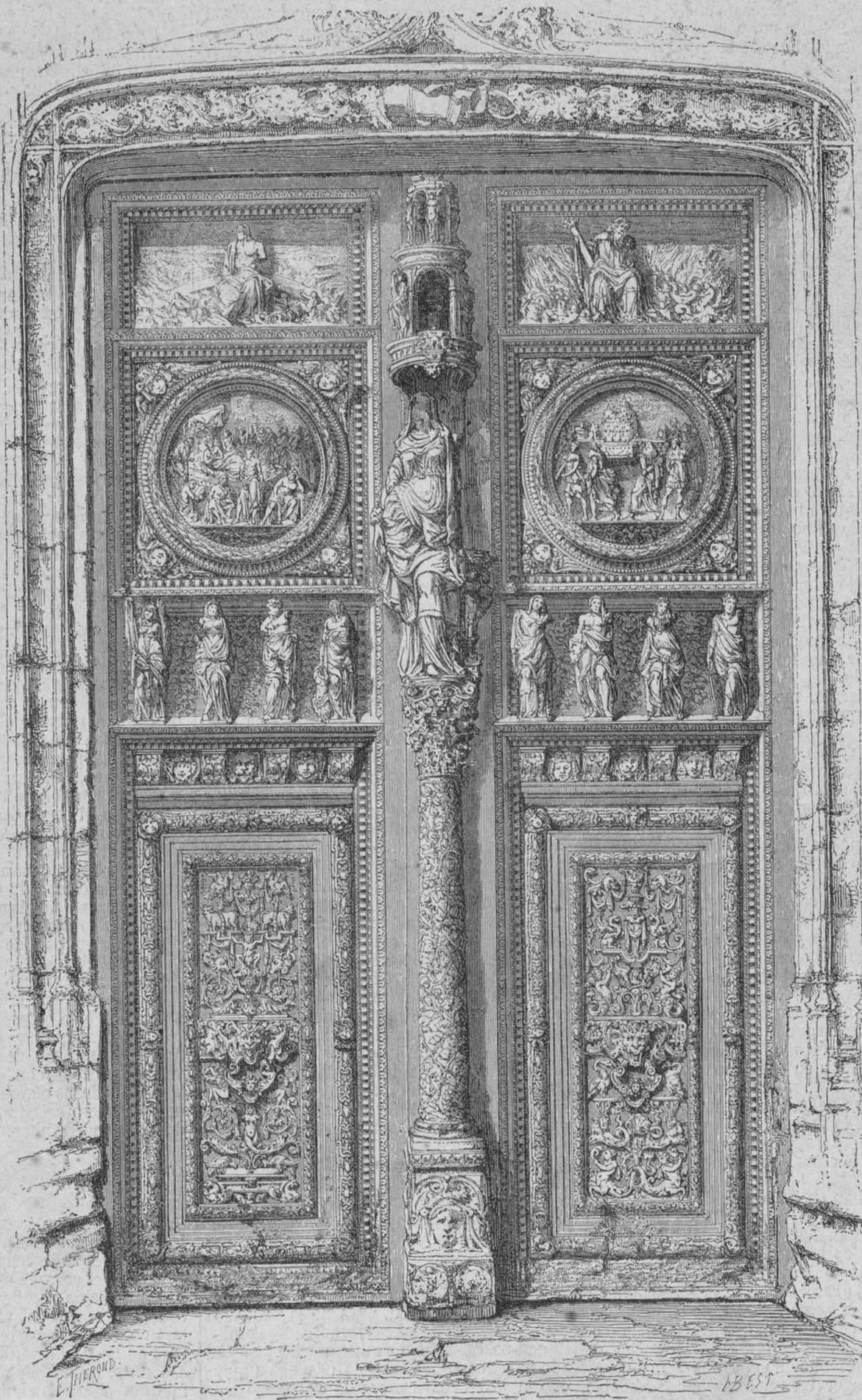
Ha habido quien ha dicho que las puertas fueron esculpidas en Roma por Miguel Angel, pero esta opinión carece de todo fundamento. Los inventores de esta fábula añaden para completarla, que el mismo diablo las trasportó de Roma á Ruan; pero como observa M. Richard, « no es probable que el diablo se encargara de esta comisión, á menos que le obligaran á ello. »

Por lo demás, las esculturas de las puertas de Saint-Maclou harían honor á los primeros maestros de la Italia. Las que figuran en la puerta lateral, llamada de Martainville, cuyo dibujo ofrecemos á nuestros lectores, son más notables que las de la portada principal por su armonía y su unidad de composición; su descripción es esta:

Sobre el pilar ricamente adornado descansa la estatua de la Virgen, de un estilo elegante y gracioso, pero quizá poco cristiano. En los dos bajo-relieves cuadrados de la parte superior de la puerta están á la derecha el Dios Padre, teniendo en una de sus manos la columna de la verdad y rodeado de llamas, que recuerdan el episodio de la zarza ardiente; á la izquierda Jesús está sentado sobre el arco iris, signo de alianza entre Dios y los hombres. El medallón que se halla al pié de este bajo-relieve representa la muerte de la Virgen, y el otro figura el Arca de la Alianza llevada en triunfo por los israelitas. Debajo de los medallones hay ocho personajes, seis santas mujeres y

dos santos, Juan el Precursor y Juan el Apóstol.

Desgraciadamente las puertas de Saint-Maclou no se hallan intactas como las puertas divinas de Ghiberti; la madera no resiste tanto como el bronce á la injuria del tiempo, y las poblaciones francesas, poco iniciadas en el sentimiento de lo bello, no tienen siempre, en medio de las turbaciones religiosas y políticas que las agitan, un respeto tan profundo como los italianos por las obras maestras del arte. Al admirar esas esculturas de un gusto tan fino, de un estilo tan elegante y tan gracioso, se teme por su porvenir y se desea verlas reproducidas en bronce ó conservadas en el interior de un museo.



Vista de la puerta lateral de la iglesia de Saint-Maclou en Ruan.

— ¿Y qué me importa á mí su corazón? respondió el coronel friamente; no pretendo conquistarlo, pero lo que sí exijo, es que ella respete el nombre que aun debe llevar durante medio año.

(Se continuará.)

Las puertas de la iglesia de St-Maclou en Ruan.

Se cree generalmente que Juan Goujon es el autor de las admirables esculturas que cubren las hojas de las puertas central y lateral de la iglesia de Saint-Maclou